

LA MONTAÑA SAGRADA

Alar Benet



¡Los dioses de la destrucción habitaban en ella!

LA MONTAÑA SAGRADA

ALAR BENET

LA MONTAÑA SAGRADA

1.^a EDICIÓN
ABRIL - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

288. — Cazadores de apache. 349. — La ley del «Winchester». 369.
— Tambores indios.

En Colección BÚFALO:

51. — Tirando a matar. 92. — La resaca de la guerra. 106. — El
tejano.

En Colección SERVICIO SECRETO:

280. — Asesinato sin asesino. 293. — Noche de angustia. 297. —
Deuda siniestra.

En Colección PANTERA:

10. — Infierno en Oklahoma. 16. — Legión de héroes. 23. — La
barrera helada.

En Colección CONGO:

11. — Continente negro. 15. — Tráfico de esclavos. 18. — La diosa
blanca.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

Printed in Spain

Reservados todos los derechos
Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

LA MONTAÑA SAGRADA

por ALAR BENET



CAPÍTULO PRIMERO

Las hogueras iban apagándose lentamente sin que los dos blancos, un hombre y una mujer, y los negros que como porteadores, formaban parte del safari, repararan en el enorme peligro representado por las numerosas fieras que merodeaban en torno al campamento situado en las estribaciones de los montes Muchinga, cerca del río Luangua, en territorio del Nyasa... Conforme las llamas decrecían, los rugidos de los animales carnívoros percibíanse más cercanos y en la oscuridad, entre los árboles inmediatos al claro del bosque, brillaban los ojos de los felinos al acecho de sus presas.

Los cocodrilos, repulsivos en su taimado avance, eran los más audaces. Cinco saurios habían atravesado el círculo de hogueras, apagadas ya en los extremos. Uno de los animales, abriendo sus enormes mandíbulas, aferró a uno de los negros por una pierna. El grito de angustia, de espanto, del indígena, puso en conmoción a todos los miembros del safari. El hombre y la mujer blanca, incorporándose con presteza, asieron los rifles.

—¡Refuerza las hogueras, Alicia, o estamos perdidos!

Del «Winchester» que el joven empuñaba brotaron rápidas llamaradas. Tres de los cocodrilos recibieron el plomo en partes vitales de su cuerpo. Dos murieron y los restantes, heridos o ilesos, uno de ellos arrastrando a su presa, se apresuraron a retroceder, internándose en el bosque. Los porteadores, bajo las órdenes de la muchacha, reavivaron las fogatas. Sólo entonces, los dos blancos diéronse cuenta de que...

—¡El guía nos ha abandonado durante su turno de guardia!

—Puede haberle ocurrido algún accidente. Las fieras...

—No, Robert. Nunca me gustó ese hombre. Faltan dos fardos con víveres, medicinas, balas y un rifle. ¡Ha huido! ¡Estoy segura! Anoche le vi hablar con el capataz de los cargadores. No me extrañaría que...

Un indígena corpulento, de la raza waganda, se acercó a los hermanos Alicia y Robert Pellington para decirles, en defectuoso inglés:

—¡Este lugar está maldito! ¡Lo pueblan los espíritus de la montaña! ¡Mis hombres y yo regresaremos a Uganda! Wallace Colman, entendiéndolo así, nos ha precedido.

—¡Él es tan cobarde como vosotros! —replicó la muchacha con viveza—. ¡Sois unos...!

Robert Pellington, alzando la diestra, interrumpió a su hermana:

—Calma, Alicia. Nada se gana con reproches. Hemos de estudiar si seguimos adelante o volvemos a Nairobi.

—¡Continuaremos, Robert!

—¿Aunque exista riesgo de muerte?

—Sí.

Había un centelleo de heroísmo en las pupilas femeninas. Robert, conmovido, dijo:

—Tal era mi propósito pero quería oír de tus labios esas palabras. Mañana hablaremos, capataz. Hasta entonces, sigamos descansando.

Había tal autoridad en las palabras del blanco que el indígena, sin responder, fué a retirarse. Ella, impetuosa, exclamó:

—¡Necesitamos porteadores ¡Les daré cinco veces lo concertado... ¡Diez!... Lo que quieran.

El capataz, que escuchaba impasible, señaló al norte.

—De nada sirve el dinero después de muerto. ¡La montaña es sagrada!

Robert mostró un puñado de billetes al waganda, sin conseguir impresionarle. Alicia, quitándose una pulsera de oro macizo, la tendió también al indígena. Fue en vano.

—Creo, Robert, que tendremos que valernos por nuestros propios medios. Tal vez mañana ese hombre vea las cosas de distinta forma.

—Es posible.

Los dos hermanos se tendieron sobre las lonas de viaje, no sin indicar al negro que se ocupara de montar la vigilancia durante el resto de la noche. El aludido accedió, con una sonrisa indescifrable, sonrisa que al ser captada por Robert le hizo concebir vivas inquietudes. La muchacha no tardó en traspasar la barrera entre la vigilia y el sueño.

Pellington, fumando cigarrillo tras cigarrillo, se dijo que era preciso que continuase despierto, con el rifle al alcance de la mano, para impedir cualquier ignorado propósito del indígena. ¿Podría vencer la fatiga?

Miró al cielo, entreteniéndose en la contemplación de las estrellas, ocultas a ráfagas por nubes bajas. Los ojos se le velaban con las nubes de la fatiga, del agotamiento...

Una quemadura entre los dedos índice y corazón despertó a Robert. El «Philip Morris» habíase consumido solo, por fortuna para él que pudo ver al jefe waganda hablando con los porteadores. ¿Qué proyectaba?

Minutos después no tuvo duda de cuáles eran los planes de los africanos al reparar en que, inclinándose sobre los fardos, se disponían a apoderarse de ellos para internarse en la selva. Ciego de ira, sin meditar las consecuencias de sus actos, Robert, poniéndole en pie, encañonó con su revólver a los negros, ordenándoles con tono imperioso...

—¡Soltad eso! ¡Soltadlo o disparo!

Alicia, que se incorporó al sentir las voces dadas por su hermano, esgrimiendo el «Winchester» encañonó también a los wagandas, quienes, desconcertados, temerosos, miraban a su jefe. Aunque el inglés era ininteligible para ellos, comprendían la amenaza y veían que los blancos estaban decididos a evitar el despojo.

Los pertrechos del safari cayeron a tierra. El capataz y sus hombres, muy despacio, sin volver la espalda a los rifles, fueron retirándose de la hoguera para desaparecer en el bosque.

El silencio, sólo roto por el chisporroteo del fuego, pesaba en el ánimo de Alicia y Robert como una extraña amenaza.

—Duerme tú, hermana. Yo velaré.

—No. Extiende el mapa. Llevaremos lo imprescindible. ¡No hemos de acobardarnos frente a nada!

En las palabras de la muchacha vibraba la energía. Con una sonrisa forzada, él aceptó:

—Celebro que reacciones así, con espíritu deportivo. Nos será muy útil para el futuro.

A partir de entonces, los hermanos invirtieron el tiempo en proyectar la próxima jornada, sin olvido de la hoguera. Las fieras rondaban en torno al campamento, siendo contenidas únicamente por las llamas. Casi todas habían gustado la carne humana y la preferían a la de los pequeños animales de la selva.

El amanecer les sorprendió forjando planes para un futuro que, hubieron de reconocerlo así, no se les presentaba muy prometedor.

Cuatro meses atrás, Alicia y Robert Pellington tomaron tierra en el aeropuerto de Nairobi con el propósito de consagrarse a unas tristes investigaciones: las encaminadas a averiguar el paradero de su padre, mayor del Ejército Británico, que, dejándose arrastrar por la atracción de la aventura y por el misterioso hechizo de África, a la que jamás olvidan los que han vivido en ella, se dirigió a Tanganica con el fin de organizar una expedición de caza y de «extasiarme contemplando los maravillosos paisajes del Continente Negro y serenar el espíritu con el silencio, casi religioso, de sus selvas vírgenes».

El mayor Jonás Pellington era un hombre chapado a la antigua que había permanecido muchos años de guarnición en la Colonia del Kenia y que, al ascender, fué destinado a las Islas, donde llevaba residiendo ya varios años, muy a su pesar.

Sus dos únicos hijos, Robert y Alicia, aunque lo deseaban, no pudieron partir con él por ser época de exámenes. El militar, sin duda, solicitó el permiso de sus superiores precisamente en aquellas fechas a fin de impedirles acompañarle, con el deseo que no corrieran peligros y, quizá, también porque desde la muerte de su esposa, la dulce Lady Catherine, le dominaba la melancolía ambicionando siempre encontrarse a solas con sus recuerdos. Además...

Alicia y Robert supieron de labios del gobernador una terrible noticia: la de la enfermedad de su padre, motivo por el cual las autoridades militares aprovecharon la oportunidad del ascenso para alejarle del clima africano, siempre nocivo.

—El mayor Pellington padece un cáncer de estómago —dijo a los jóvenes la máxima autoridad de Kenia—. Cuando le vi llegar de nuevo tuve el temor de que hubiese convencido a sus superiores para que le trasladaran a África. Me tranquilicé al saber que sólo le guiaba un afán deportivo y aunque hice todo lo posible por disuadirle de su proyectada expedición al territorio del Nyasa, no pude conseguirlo. Transcurrió más de medio año sin que supiéramos de él. Inquieto, envié dos helicópteros y obtuve una terrible noticia. En las estribaciones de los montes Muchinga pudieron ver los pilotos los esqueletos de varios hombres. Descendieron de los autogiros. Pellington no se encontraba entre, los cadáveres. Tuvieron la certeza de que se trataba de su expedición por hallar varios objetos personales del padre de ustedes. De él no pudieron saber más. Por eso les escribí una carta, comunicándoles lo sucedido.

Robert y Alicia no perdieron tiempo en más averiguaciones. Contrataron a los porteadores pero al elegir un guía tropezaron con la dificultad de que ninguno de ellos quería acompañarles a los montes Muchinga por afirmar que nadie había regresado vivo de aquella zona de Rodesia del Norte. Al fin, tras perder más de una semana intentando encontrar a un experto en expediciones por la selva, conocieron a Wallace Colman. Aunque les desagradó el aspecto brutal del individuo, sus rudas maneras, viéronse obligados a aceptarlo, no sin escuchar de labios del Gobernador un desfavorable comentario sobre el guía, que no gozaba de buena fama pese a que nunca se le pudo probar delito alguno.

No obstante, como los dos hermanos estaban consumidos de impaciencia por emprender la búsqueda de su padre, a fin de salvarle de algún peligro, si es que vivía, o de rescatar su cadáver para trasladarlo a Inglaterra a que durmiese el último sueño junto a sus seres más queridos, en el panteón familiar, decidieron emprender rápidamente el viaje. Robert no encontró serios obstáculos cerca de Wallace Colman, venciendo las vacilaciones de aquel hombre con la tentadora oferta de pagarle mil libras en el acto y otras mil al regreso de la expedición, fuere cual fuese el resultado de la misma.

Ambos jóvenes eran buenos tiradores por pertenecer a un club londinense en el que se organizaban numerosas cacerías y concursos. Robert acababa de terminar la carrera de Ingeniero de Montes, y a Alicia le faltaban dos años para concluir la de Derecho. Con el propósito de no caminar a ciegas ni entregarse totalmente en manos del guía, adquirieron numerosos mapas de Tanganica, Rodesia y Nyasaland, mapas que en los críticos momentos que ahora atravesaban, después de la marcha de Wallace Colman, iban a serles de mucha utilidad.

Los dos hermanos, sintiendo el crepitar de las hogueras, examinaban las cartas geográficas con la mayor atención. Robert, incorporándose, fué el primero en romper el silencio.

—Es extraño lo que nos ocurre. ¿A qué vendría papá a África sabiendo que el clima le perjudicaba? ¿Nunca te habló de su enfermedad, Alicia?

—No. Tampoco tuvo oportunidad. Sus obligaciones militares, su vida social y el casino acaparaban casi todo su tiempo. Además, ya sabes que su carácter se tornó retraído después de la muerte de mamá. Él siempre se mostró orgulloso de conservarse sano y fuerte como un muchacho pese a sus cincuenta años. Es posible que considerara la dolencia que le aquejaba como una derrota y, por ello, se resistiera a confesarlo.

Robert Pellington sonrió con tristeza. Su hermana acababa de reflejar con exactitud el modo de ser de su padre. Estaba convencido de que Jonás hubiera dado su vida por Alicia o por él. Sin embargo, su condición de hombre que siempre ocupó puestos de la máxima responsabilidad, le endureció, convirtiéndole, en apariencia al menos, en un ser duro, inflexible.

—No me llares pesado si te repito una pregunta. ¿De verdad quieres que sigamos o prefieres retroceder hasta el lago Nyasa, donde nos aguarda el hidroavión que puede conducirnos en unas horas a Nairobi? Una vez en esa ciudad podremos organizar un nuevo safari.

La muchacha, antes de responder, clavó en su hermano una inquisitiva mirada.

—¿Tienes miedo, Robert?

El interrogado palideció y, apretando los puños para no replicar ásperamente a Alicia, dijo:

—No; pensaba en ti.

—Yo pienso en papá. Sabes lo difícil que resulta reclutar gente para venir a estos territorios. Además, si él necesita nuestra ayuda, en el supuesto de que no haya muerto, una demora en prestársela puede ser definitiva. ¡Hemos de hacer lo posible por él, Robert!

El aludido asintió con el gesto y, sin palabras, fué abriendo todos los fardos para extraer de ellos lo que consideraba imprescindible. Alicia, comprendiendo que su hermano intentaba formar dos únicos paquetes para proseguir el avance, le ayudó y, una hora más tarde, tras no pocas

vacilaciones, los Pellington, luego de ocultar entre unos matojos lo que sobraba de la impedimenta, iniciaron la marcha por las selvas que convertían casi en inaccesibles los montes Muchinga por las laderas del este, recorridas por el río Luangua.

Al internarse en la selva, una niebla no muy espesa dificultaba la visibilidad a distancia, aumentando los temores de los Pellington, que avanzaban despacio, ignorantes de la firmeza del terreno que pisaban y temerosos de que el suelo se hundiera bajo sus pies. Según Wallace Colman, el desaparecido guía, en aquellas zonas eran muy numerosos los pantanos, traidores porque ocultaban su peligro con una leve capa de hierba que les daba apariencia de tierra firme.

Conforme el sol ascendía por oriente, la bruma iba disipándose. A media mañana, desaparecida la niebla por completo, los dos hermanos se detuvieron a la orilla de un regato, en cuyas márgenes crecían numerosas flores.

—He aquí un buen sitio para descansar, Alicia.

—No, no lo necesito aún. En el bosque anochece muy pronto y creo que podré resistir hasta que las tinieblas nos impidan seguir caminando.

La muchacha esforzóse en sonreír al pronunciar tales palabras, con el deseo que Robert no advirtiese la tremenda fatiga que la dominaba. El andar por el bosque, en el que los árboles, por estar distanciados unos de otros, permitían el paso de los rayos solares y el crecimiento de una densa vegetación, resultaba difícil. Y en no pocas ocasiones Robert hubo de emplear el machete para cortar juncos o lianas, sobresaltándose al ver las grandes arañas y, lo que era más peligroso, la huida de los ofidios emboscados en la espesura.

Reanudaron el camino, ensordecidos por el continuo trinar de los pájaros y por los chillidos de los monos que, en gran número, saltaban de rama en rama mirando con extrañeza a los Pellington. Quizá muchos de los simios era la primera vez que veían seres humanos.

La vegetación iba siendo más espesa conforme avanzaban hacia los montes y al fin ambos jóvenes se detuvieron. El bosque era impenetrable salvo por una senda abierta, sin duda, por los elefantes, a juzgar por su anchura. Daba miedo internarse por la bóveda de maleza, cara a lo desconocido.

—Es peor retroceder —dijo la muchacha.

Robert, más reflexivo que Alicia, meditó unos segundos.

—Será terrible si tropezamos con cualquier paquidermo. ¡Maldito Colman! Él quizá conociera otra ruta más asequible que la que seguimos.

—Sobran las lamentaciones. ¡Adelante!

Robert no se hizo repetir la indicación y, audaz, seguido de Alicia, internóse por el natural pasadizo. Pese a su valor, el joven sentía erizársele los cabellos al pensar que se hallaban solos en el corazón de África,

rodeados de animales salvajes y venenosos, de un clima hostil y quién sabe si de feroces tribus indígenas. Las hojas de los árboles rezumaban agua, tan grande era la humedad del ambiente, y el suelo, resbaladizo, obligaba a caminar con lentitud a los Pellington, quienes se horrorizaban al ver, aún recientes, las huellas de los grandes mamíferos que con sus corpachones mantenían abierto aquel sendero.

El sol iba declinando, de acuerdo con las leyes establecidas por la naturaleza, pero a Robert y a Alicia les parecía que la tarde acababa con mayor rapidez que nunca.

—¡Tenemos que salir de este túnel antes de que se haga de noche! —dijo él—. Estoy seguro de que, apenas oscurezca, no pocos elefantes recorrerán el sendero para ir a beber al río.

Con el machete, atacó la vegetación que tenía a su derecha, dispuesto a desviarse de un camino que podía ser una trampa mortal para ellos. Después de quince minutos de agotador trabajo, Robert desistió.

—Es imposible, Alicia. ¡Sigamos! Creo que dentro de poco tendremos ocasión de demostrarnos a nosotros mismos si somos buenos tiradores como todos nos han hecho creer, excepto nuestro padre que siempre sonreía al oírnos. Ahora comprendo esa risa. Quien, como él, ha vivido largos años en África, puede permitirse sarcasmos sobre la caza de zorros o perdices.

Los dedos de Robert, crispados en torno a la culata del rifle desmentían la jovialidad de sus palabras. Consideraba grave la situación y no quería que su hermana se asustase demasiado.

El crepúsculo les inundó de tristeza. Rendidos por la larga caminata, con los fardos sujetos a la espalda con correas para que no embarazasen sus movimientos, sentían agudos calambres en las piernas y un ansia de tenderse en tierra, a descansar, aunque les sorprendiera la muerte.

La muchacha, más agotada que su hermano, avanzaba tambaleándose y, como iba a retaguardia por deseo de Robert, quien deseaba afrontar primero el peligro, comenzó a rezagarse. Al fin, incapaz de dar un paso, se detuvo.

—¡Sigue tú! ¡Yo prefiero morir a...!

Él no la dejó terminar la frase. Enérgico, con el propósito de estimular el amor propio de la mujer y de hacerle comprender que era necesario no entregarse en brazos del desaliento, exclamó con dureza:

—¡África desprecia a los débiles! ¡Haz un esfuerzo! Cuando te pregunté si deseabas que volviéramos al lago para trasladarnos a Nairobi en el hidro, te mostraste decidida a afrontar todas las vicisitudes que pudieran presentarse. ¡No me defraudes! ¡Siempre me he sentido orgulloso de ti, de tu resistencia física, de tu elevado espíritu!

Alicia, al oír los reproches, incapaz de seguir caminando, notó que la dominaba una intensa congoja.

—¡Oh, Robert!... Tienes razón, pero...

Sus ojos cubriéronse de lágrimas, lágrimas que, al resbalar por las mejillas, fueron advertidas por su hermano, el cual, conmovido, la abrazó cariñosamente.

—Pretendía estimularte, Alicia. Ven, apóyate en mi brazo. Hemos de salir de esta senda antes de que se haga completamente de noche.

Apoyados el uno en el otro, los dos hermanos caminaron un centenar de metros. De pronto, ella, incapaz de sostenerse en pie, cayó a tierra, gimiendo:

—¡Sálvate tú! ¡No puedo más! ¡No puedo más!

Robert, sin responder, colgó el rifle de su hombro derecho e, inclinándose, tomó a Alicia entre sus brazos. Sudoroso, con los párpados entornados, respirando afanosamente, siguió adelante, aun en la certeza de que las fuerzas no tardarían en abandonarle.

El crepúsculo fué breve, fenómeno común en los países tropicales. Al ser envuelto por las tinieblas, Robert ya no tuvo duda de que estaban a merced de la Providencia. Depositando a su hermana en el suelo, se dispuso a tomar aliento para proseguir la marcha. Alicia imploró en alta voz, poniendo toda su alma en la súplica:

—¡No nos abandones, Dios mío!

Como una réplica adversa a la oración, los Pellington percibieron a su espalda un rumor sordo, que aumentaba gradualmente. Era como si una gran maza golpeará la tierra.

—¡Se acerca un elefante, Robert! —chilló Alicia, con histérico tono.

El joven, sin responder, crispadas las mandíbulas, tomó el rifle entre sus manos aun en la certeza de que en la oscuridad iba a serle muy difícil herir al coloso en un órgano vital...

CAPÍTULO II

—¡Apartémonos de la senda!

Robert, mirando a su hermana, repuso en tono quedo:

—Tendría que utilizar el machete para abrir paso y sería escuchado por nuestro enemigo. Procura no hablar. Esos animales tienen muy desarrollados los sentidos...

En uno de los laterales del camino, el joven se arrodilló. El aire no le era favorable, pues al soplar en dirección contraria llevaría hasta el paquidermo el olor a seres humanos.

Las pisadas del elefante, rítmicas, oíanse cada vez más cercanas, retumbando con lúgubre son en los corazones de los Pellington. ¡Era un clamor de muerte!

—¡Es horrible, Dios mío!

—¡Calla!

Robert no pudo sustraerse al recuerdo de una película vista en Londres años atrás y en el que un paquidermo enloquecido asolaba una aldea indígena en Tanganica. Una de las secuencias, que no había conseguido olvidar, era la de una pata de elefante aplastando el cráneo de un hombre...

¿Por qué evocaba la escena de ficción de un film de aventuras africanas? ¿Ficción? Entonces sí lo fué. Dentro de unos minutos, de unos segundos quizá...

No pudo contener un estremecimiento. El gran mamífero avanzaba lentamente a juzgar por el sonido. Tal vez había olfateado a sus enemigos y se recreaba con la idea de triturarles bajo sus enormes pezuñas.

Las sombras parecieron espesarse más a escasa distancia de los Pellington y Robert comprendió que el terrible momento había llegado, no tardando en distinguir la gran mole de carne. Fue a disparar y ya curvaba su dedo índice en el gatillo, cuando una idea temeraria, asaltándole, le hizo vacilar. El paquidermo no lanzaba los barritos precursores del ataque, y ello hizo pensar a Robert que quizá no les hubiese descubierto.

Se arrojó al suelo, situándose de forma que su cuerpo protegiera al de Alicia para la no remota posibilidad de que el elefante, que ocupaba toda la senda, rozando la maleza con los flancos, les pisara al llegar a la altura de ellos.

La muchacha temblaba horrorizada y Robert, para calmarla, le oprimió cariñosamente la diestra. El mamífero continuaba avanzando, avanzando...

Al surgir la luna tras las montañas, rojo disco de oro y sangre, un clamor horrísono alzóse en el aire y millares de indígenas, levantando las armas de guerra, hachas de piedra y lanzas cuyas puntas eran de duro pedernal, volvieron la mirada hacia un edificio de granito erigido en uno de los extremos del enorme embudo de la montaña, cráter de un volcán que llevaba apagado varios siglos.

Un negro, de tan extraordinaria delgadez que se adivinaban sus huesos a través de la piel, hincando las dos rodillas en tierra inclinó la cabeza. Al ver tal movimiento, se hizo el silencio, un silencio profundo sólo turbado por las afanosas respiraciones, en algunos casos jadeos entrecortados por la emoción, de los indígenas.

Todos esperaban que el gran mago Inongo se pusiera en pie.

En derredor de la gran hondonada había pequeñas casas de piedra y no pocas cuevas excavadas en la montaña. Junto a estos edificios, en pequeñas o grandes pirámides, centenares de calaveras daban una nota trágica al natural escenario en el que iba a celebrarse la tradicional ceremonia de la tribu de los serejes, que habitaban en los montes Muchinga y a los que ningún blanco había podido acercarse sin perder la vida en el intento, por lo que sus ritos y costumbres eran desconocidos en el mundo civilizado.

El gran mago, cuya estatura era muy elevada, superior a los dos metros, arrastrándose, siempre de bruces sobre la roca, llegó hasta un elevado promontorio situado en el centro de la oquedad. Con un salto felino, el indígena se subió al peñasco abriendo después ambos brazos, cara a la luna, que parecía rozar las crestas de los montes inmediatos. En el cuerpo de Inongo fosforescía la blancura de un esqueleto y su rostro parecía una calavera.

Ni un solo grito turbó el silencio de los nativos quienes, muy despacio, con estudiada lentitud, fueron humillando sus torsos hasta que las frentes rozaron el polvo. Tras la solemne reverencia, tornaron a incorporarse y a agitar sus lanzas, mientras lanzaban un triple grito:

—Itoko ... Itoko... Itoko...

En la puerta de la gran casa de granito apareció un hombre blanco, de gran belleza. Sus cabellos eran negros, así como sus ojos. Llevaban un gran manto rojo en derredor de su cuerpo e iba descalzo. Su porte era majestuoso; su actitud reposada, serena, de gran majestad. En su mano derecha portaba una lanza dorada y en su izquierda un gran libro con las tapas metálicas, de oro.

Los indígenas, obedeciendo a señales dadas por Inongo, gritaban el nombre de Itoko a la par que blandían sus lanzas en el aire, con manos nerviosas, febriles.

El clamoreo duró hasta que la luna, perdiendo su tono rojizo, se tornó de color de plata. Entonces, el extraño personaje cuya presencia inspiraba

tanto entusiasmo, se quitó el manto descubriendo una túnica blanca, de extraordinaria albura.

Un tambor, tañido por un viejo guerrero, comenzó a dejarse oír. El ritmo era lento, solemne, sobrecogedor.

Transcurrió el tiempo. El gran mago continuaba dirigiendo las manifestaciones de entusiasmo, cesando al observar que el astro de la noche se hallaba situado en forma que iluminaba directamente la figura de Itoko. Entonces, alzó ambos brazos para rugir, con voz tan potente que parecía imposible que pudiera brotar de los labios de un hombre:

—¡El Hijo de la Luna va a leer en su sagrado libro los destinos de nuestro pueblo! ¡Escuchémosle con reverencia!

Itoko anduvo entre los guerreros que, respetuosos, le abrían paso, prosternándose con servil sumisión, hasta llegar a la roca ocupada por Inongo. El gran mago inclinó el tórax levemente, con digno ademán indicador de su alta jerarquía y, luego, arrodillándose frente al hombre blanco que regía los destinos de la tribu de los serejes, recibió el Libro de Oro en sus manos y, abriéndolo, lo colocó de forma que las grandes hojas de pergamino, amarillas y rugosas, quedaran a la altura de Itoko. El rey blanco de los indígenas, entornando los párpados, suspiró profundamente a la par que elevaba la cabeza para recibir de forma directa la claridad del astro de la noche. Los folios del Gran Libro Sagrado carecían de signos y de escritura alguna pero, pese a ello, Itoko, tras permanecer más de un cuarto de hora en actitud meditativa, posó sus pupilas en lo que Inongo sostenía con actitud respetuosa para decir, en tono declamatorio:

—Hoy debían haber comenzado las grandes fiestas de mi unión con la Hija de la Luna; pero, por desgracia, ella ha muerto y su cuerpo yace enterrado en el cementerio de los elegidos mientras su alma iba a reunirse con su madre, la diosa de plata, y sus hermanos, las estrellas y los luceros. He invocado a quienes nunca dejaron de auxiliar a nuestro pueblo preguntándoles si era forzoso que mi sangre se mezclara con la de la hija de algunos de mis guerreros y la respuesta ha sido negativa. ¡Los serejes sólo pueden ser gobernados por hombres con piel de luna, de alma inmortal! En el momento en que esto no suceda así y la sangre se mezcle, caerán grandes desgracias sobre nosotros y seremos dominados por los seres que habitan lejos de aquí, quienes nos convertirán en sus esclavos. Es necesario, pues, conseguir herederos hijos de la luna y el Gran Libro Sagrado me acaba de revelar que pronto vendrá una mujer blanca y ella será la madre del futuro rey de los serejes. Mientras ello sucede, pues el plazo no está previsto, debemos continuar siendo fieles a nuestras tradiciones y a nuestra historia. La Lanza Mágica espera recibir el homenaje de sus súbditos, en la ceremonia que se realiza todas las noches en las que la diosa luna se muestra esplendorosa para darnos a entender que mientras ella nos ilumine no sufriremos ningún mal.

Un mortal silencio acogió las palabras de Itoko. No hubo exclamaciones de entusiasmo, sino un murmullo de terror entre los reunidos. Todos temían a la Lanza Sagrada, en particular aquéllos que, después de la muerte de la que iba a ser la esposa del rey, murmuraron que quizá fuera el momento propicio para que la divinidad mantenida durante siglos por personas de piel blanca se transmitiese, por herencia de sangre, al negro color de los serejes.

Inongo, que había cerrado el Gran Libro Sagrado, contempló a Itoko con fijeza y luego a los hombres de la escolta del rey, elegidos por él y de cuya lealtad estaba seguro, los cuales, en número de un centenar, rodeaban la roca provistos de lanzas cuyas puntas habían sido sumergidas en un veneno muy activo que guardaba celosamente el hechicero y al que no tenían acceso las armas de los demás indígenas.

El gran mago de la tribu murmuró unas palabras al oído de Itoko, palabras que no fueron escuchadas por nadie más que por el que gobernaba a los serejes.

La muchedumbre se movía con nerviosismo, dando muestras de terror. Resultaba inconcebible para quien no conociese las bárbaras costumbres de aquellos hombres negros, perdidos en los montes Muchinga, que el solo anuncio de que la Lanza Mágica exigía el homenaje, produjese tan viva inquietud, tan gran espanto.

Los tambores continuaban llenándolo todo con su ritmo vertiginoso y al ver cómo Itoko colocaba el astil de la lanza a la altura del pecho, sujetándolo con su mano diestra de forma que la punta quedara ante él, los indígenas formaron una ancha fila, de más de cinco metros de espesor y, por jerarquías dentro del poblado, comenzó la tan temida ceremonia. El primero en presentar su pecho a la dorada lanza, cuyo extremo en forma de flecha era de gran agudeza, fué un anciano de cuerpo encorvado y faz rugosa, quien no tembló al sentir el frío del metal en su carne. Todos contuvieron la respiración. No ignoraban que Lumy, el guerrero de más prestigio entre los serejes, fué el iniciador del movimiento de rebeldía contra el afán de Itoko de no contraer matrimonio más que con una mujer de piel blanca, despreciando a las bellas muchachas de la tribu. Si la lanza le atravesaba el corazón sería signo claro de que los amigos del anciano y los que con él simpatizaban iban a morir. El rostro de Itoko, inalterable, se alzó de nuevo para que los ojos se posaran en la luna. Y entonces la mano derecha del rey se movió con celeridad. Lumy cayó a tierra, con el pecho atravesado, sangrante. Los tambores cesaron de tocar por un instante y un silencio profundo, angustioso, imperó en el gran cráter del volcán donde, para la ceremonia que se estaba celebrando, se habían dado cita los miembros de las distintas aldeas que habitaban en los montes Muchinga y que eran regidas por delegados de Itoko. Un grito de mujer alzóse en el aire y una joven sereje, muy bella, cuyo cuerpo perfecto se adivinaba

pletórico de vitalidad a través de la túnica blanca que vestía, intentó atravesar el cordón de soldados de la guardia del rey, siendo detenida por éstos. Un negro de unos cuarenta años de edad avanzó hacia la muchacha y, sujetándola por uno de los brazos, le dijo:

—Tranquilízate, Celima. No tardaremos en reunirnos con nuestro padre. Ven. Sube conmigo.

Urundi, el hijo mayor de Lumy, fué el segundo en presentar su pecho a la lanza, que también le atravesó. Celima, altiva, segura de una muerte que ambicionaba, se arrodilló junto al cadáver de su hermano pero el venablo de oro permaneció inmóvil.

—¡Apártate! Tu sacrificio no es necesario para aplacar la ira de la divinidad.

Era Inongo el que había hablado. La mujer miró con fijeza al gran mago, escupiéndole en el rostro su desprecio con una frase que hizo crispase los dedos de Itoko en el astil de la lanza:

—¡Cobarde! ¡Eres un miserable y sé por qué me perdonas la vida! Somos muchos los que dudamos de que estos ritos sean de carácter religioso. Yo creo que tú y el rey os servís de lo que fué una limpia y pura tradición para eliminar a los que no se someten a vuestro despótico poder.

—¡Vete! No provoques la ira de la luna.

Como la muchacha se resistiera a apartarse de junto a los cadáveres de sus seres queridos, el jefe de la escolta del rey la empujó con rudeza, obligándola a descender de la plataforma rocosa. Una vez que la muchacha estuvo entre sus hermanos de raza, donde fué acogida por un grupo de mujeres, prosiguió la sangrienta ceremonia y, una hora más tarde, más de cincuenta hombres habían perecido a manos de Itoko...

* * *

El hombre, oculto entre dos rocas en lo alto de la montaña, al borde mismo del amplio cráter de más de cien metros de profundidad, contemplaba, estremecido de pavor, la bárbara ceremonia de los indígenas mientras su cuerpo temblaba, acometido de fiebre que arrebolaba sus mejillas. Sin tales colores en el rostro, esquelético, hubiera podido confundírsele con un muerto; tanta era su delgadez. La piel, pegada a los huesos, destacaba éstos hasta tal extremo que en las articulaciones daba la sensación de que el tejido iba a rasgarse para dejar al descubierto la estructura ósea.

—¡Es horrible! ¡Horrible!

Tales palabras brotaron como un susurro de los labios pálidos, mortecinos, del misterioso espectador de la fiesta en homenaje a la luna llena. Una vez más, el hombre intentó encontrar la escalera o paso entre montañas que diera acceso al poblado desde el exterior, sin hallarla. El

descenso desde lo alto del monte hasta el fondo del cráter por las paredes laterales de éste era casi imposible debido a la cortadura, en forma de precipicio, que rodeaba el natural embudo. Sin embargo...

—Por algún sitio debieron de entrar esos hombres —volvió a decirse el enfermo—. Permaneceré aquí hasta ver cómo abandonan la hondonada. ¿Podré?

Hubo una triste sonrisa en el rostro del individuo, en cuya cintura llevaba dos revólveres de gran calibre, una cartuchera de municiones y un largo y afilado machete.

Había acudido a su observatorio situado sobre el cráter al escuchar el monótono son de los tambores, deseoso de averiguar qué era lo que motivaba tales signos de fiesta y con el afán de descubrir la entrada secreta a la aldea indígena; pero su debilidad era tan grande que invirtió mucho tiempo en recorrer las dos millas que le separaban de la caverna que le servía de refugio; por ello, cuando llegó, ya se encontraban reunidos todos los nativos.

El cansancio de la larga caminata, la fiebre y la excitación nerviosa contribuyeron a debilitar más el no muy fuerte organismo del hombre, quien notaba un extraño peso en los párpados y sentíase dominado por el ansia de dormir.

—Es preciso que resista... Debo permanecer despierto... ¡Despierto!

Repitió tal palabra con firmeza, en el deseo de sugestionarse, de vencer el sopor, la turbación de su cerebro. Cada vez que los tambores cesaban por unos segundos, el testigo de la ceremonia de la lanza sagrada comprendía, sin necesidad de mirar siquiera, que una nueva muerte acababa de producirse.

El hombre, con un jadeo entrecortado, quiso resistir y fué la suya una lucha titánica en la que, al fin, había de resultar vencido. El individuo quedó exánime entre los peñascos minutos antes de que el bárbaro rito terminara, por lo que no pudo ver el camino que utilizaban los negros de otras aldeas para abandonar el cráter del volcán...

* * *

El elefante, siempre con su lento caminar, llegó hasta la altura de los Pellington. Una de sus patas traseras se posó sobre la culata del rifle de la muchacha, a escasos centímetros del femenino cuerpo. La recia madera saltó astillada bajo la enorme presión mientras Alicia, incapaz de dominarse, lanzaba un grito de espanto, grito que heló la sangre en las venas de Robert.

El paquidermo se detuvo de forma que los dos jóvenes se hallaban junto al gran mamífero, percibiendo su olor característico y notando casi el contacto de la rugosa piel del animal. El elefante, tras unos minutos de

espera, que a los hermanos les parecieron siglos, reanudó la marcha no tardando en perderse en la distancia, envuelto en sombras. Robert, trémulo aún, se puso en pie ayudando a incorporarse a la muchacha, cuyo cuerpo era sacudido por fuertes estremecimientos.

—No creí escapar con vida, Alicia.

—Yo tampoco; sobre todo, después de haber gritado. No debía hacerlo pero el terror fué más poderoso que mi voluntad.

Ella, inclinándose, tomó su destrozado rifle entre las manos para mostrarlo a Robert, a la par que murmuraba:

—Esto es lo que nos hubiera ocurrido a nosotros. ¿Qué hacemos?

—Permanecer aquí es un suicidio. Hemos de continuar. ¿Podrás?

—Haré un nuevo esfuerzo. No creo que llegue lejos.

Robert tomó del brazo a la muchacha y, muy despacio, reanudaron el avance, siempre con el temor de oír a sus espaldas los barritos de algún paquidermo.

Durante media hora, Alicia pudo dominarse y seguir caminando pero al fin hubo de confesar que era incapaz de sostenerse en pie. Él, con una sonrisa comprensiva, muy agotado también, dijo;

—Supongo que este sendero tiene que terminar en algún sitio. Te llevaré mientras me sea posible y, después...

Con Alicia en brazos, el viaje resultó extenuante para el heroico Robert, quien notábase al borde del total agotamiento físico cuando, de forma inesperada, el pasadizo de vegetación comenzó a ensancharse para desembocar en un gran claro del bosque, de suelo rocoso, por lo que no crecía en él hierba ni maleza y en el que...

—¡Mira, Alicia!

La muchacha, a la que su hermano había depositado en el suelo, pudo contemplar, maravillada, un espectáculo increíble, tanta era su grandeza. A los ojos de los Pellington se ofrecía un cementerio de elefantes, algo que todos los aventureros de África desean encontrar siempre y que muy raramente hallan. Los paquidermos eligen siempre para el eterno descanso zonas separadas por cientos de millas de la civilización.

—Ahora comprendo por qué nos salvamos de morir en el sendero. El elefante iba moribundo. Contéplale. Aún no se ha decidido a tumbarse.

En efecto. El gran mamífero, cuya presencia inspiró tan vivo terror a ambos jóvenes, movía de derecha a izquierda, en leve vaivén, su enorme cuerpo mientras, con la trompa, parecía acariciar los esqueletos de los que le precedieron en la muerte. Alicia sintió lástima del animal y fué a manifestar en alta voz sus sentimientos cuando...

El aire, que hasta entonces soplaba de espaldas a los jóvenes, varió la dirección, por uno de esos raros caprichos de los vientos africanos, y un hedor nauseabundo obligó a los Pellington a cubrirse el rostro con los pañuelos. Dispuestos a situarse de forma que el aire no llevara hasta ellos

el olor putrefacto de los mamíferos en descomposición, fueron rodeando el gran claro y sólo entonces se dieron cuenta de la enorme riqueza en marfil allí acumulada. Alicia, con los músculos embotados, seguía a su hermano. El gozo de haber abandonado la peligrosa senda le daba nuevos ánimos.

La gran explanada rocosa era casi circular y tendría más de media milla de diámetro. En un extremo corría un riachuelo detrás del cual comenzaba de nuevo la selva.

Al tener otra vez el aire a la espalda, los Pellington pudieron quitarse los pañuelos y manifestar en alta voz sus impresiones. En el hombre se impuso el sentido utilitario de la vida y en la mujer la evocación romántica y el recuerdo.

—¡Aquí hay muchos miles de libras de marfil!—exclamó Robert.

—Papá siempre me hablaba de lugares como éste. ¡Cuánto hubiera gozado de encontrarse aquí con nosotros! Observa cómo la luna da una mayor luminosidad a las peladas osamentas.

—Sí. Voy a marcar la zona en uno de los planos para regresar a ella con los suficientes porteadores.

Varios barritos, que parecían lamentos, impidieron a Alicia responder a su hermano en el sentido de que quizá no salieran nunca de aquellos bosques, de que quizá no volviesen jamás a territorio civilizado. Los jóvenes contemplaron cómo el elefante se tumbaba en tierra para apoyar su cabeza en un esqueleto.

—Tal vez sea lo que presenciamos el remate obligado de una historia de amor en la selva.

La frase de la muchacha provocó una sonrisa en Robert, quien, sentándose en el saliente de una roca, repuso:

—No idealices demasiado. El moribundo habrá elegido un lugar en el que no perciba la fetidez del aire. ¿Imaginas que reclina su cabeza sobre el cadáver de algún miembro de su familia o de la de aquélla con la que recorrió el bosque en las épocas de celo? Siempre fuiste muy dada a lo fantástico, Alicia.

—Y tú a lo práctico, Robert. Piensas en los beneficios que puedes obtener con el marfil sin saber si escaparemos con vida de la aventura. No olvides que son muchos los seres irracionales que dan a los humanos lecciones de fidelidad amorosa.

Ella tomó también asiento y, apoyando su espalda en una piedra de gran tamaño, no reparó en que una víbora pardusca, cuyo color se confundía con el de la roca, alzaba su cabeza en actitud ofensiva, aproximándola hasta muy cerca del cuello femenino. Alicia, ajena al peligro, contemplaba fascinada el maravilloso espectáculo que ofrecía el cementerio de elefantes a la luz de la luna. De vez en vez, escuchábanse, los barritos del moribundo...

Al recobrar el hombre el conocimiento, por un segundo creyó haber ensordecido al no oír el frenético sonar de los tambores. No sin dificultades, pues notaba un gran peso en la nuca y un agudo dolor en las sienes, pudo levantar la cabeza y, abriendo los párpados, miró al fondo del cráter. Su desaliento fué grande. La hondonada estaba desierta y una oscilante luz era el único signo de vida en el embudo rocoso, luz que provenía del interior de la casa de piedra habitada por Itoko, el hijo de la luna. Junto a la plataforma en la que tuvo lugar la bárbara ceremonia del homenaje a la lanza sagrada, yacían numerosos cadáveres amontonados y, sobre ellos, movíanse unas sombras negras.

—¡Buitres! ¡Malditos pajarracos!

Un estremecimiento de horror recorrió el cuerpo del enfermo al pensar que posiblemente y en un próximo futuro, él también sería víctima de la voracidad de los animales carnívoros, ya fuesen buitres o hienas. La claridad del amanecer y los primeros rayos del sol le convencieron de que su desmayo duró varias horas. La idea de abandonar aquellos parajes y refugiarse en su caverna empezó a dominarle pero, por fortuna para él, las fuerzas se negaron a obedecer a su cerebro. Tras unos vanos intentos para ponerse en pie, hubo de continuar donde se hallaba. Minutos más tarde bendecía a la Providencia al ver a un grupo de negros, no muy numeroso, que se dirigía hacia los bosques situados en las altas mesetas de los montes Muchinga. De haberse podido incorporar cuando quiso hacerlo, era indudable que le habrían descubierto.

Inmóvil, el hombre permaneció largo rato con la mirada fija en los indígenas, quienes conversaban agitadamente, sin duda comentando los sucesos acaecidos en el cráter. Luego de detenerse en varias ocasiones, perdiéronse de vista entre los milenarios robles que se alzaban a un cuarto de milla de distancia. Sólo entonces el blanco respiró con alivio.

Transcurrieron las horas y una sed voraz comenzó a dominar al enfermo. Acometido por la fiebre, expuesto a la acción de los rayos solares, sentíase invadido unas veces por un sopor semejante a la inconsciencia y otras por el afán de levantarse y, sin reparar en el peligro de ser descubierto, ir en busca de agua aunque después encontrara la muerte.

La mañana pasó para el hombre con angustiosa lentitud. El sombrero de ala ancha, rodeado en la copa por una cinta de piel de leopardo, le protegía de una insolación, pero no evitaba el calor sofocante.

—He de resistir aquí hasta que anochezca y, luego, aunque sea arrastrándome, llegar a mi refugio. Cometí una imprudencia al abandonarlo y calcular mal mis energías.

Por dos veces vió el blanco grupos de serejes cerca de donde él se hallaba y pudo observar en todos gran agitación. ¿Qué había ocurrido

durante su sueño?

CAPÍTULO III

Siempre ignoraría Alicia Pellington el riesgo mortal que acababa de correr y del que se salvó merced a su extraordinario cansancio y al dolor que experimentaba en sus músculos. La inmovilidad de la joven era tan completa que el venenoso ofidio, tras mantener su cabeza a escasos centímetros de la garganta femenina, se retiró muy despacio para ser absorbido a poco por las sombras de la noche. Los párpados se les cerraban a los dos hermanos, tan enorme era su fatiga y, al fin, quedaron dormidos sobre la dura roca para no despertar hasta muy entrado el día.

Robert fué el primero en ponerse en pie y, luego de saciar su sed con el agua de la cantimplora que pendía de su cinturón, miró a Alicia, que se despezaba sentada sobre el peñasco, sin incorporarse aún.

—Hemos estado a merced de la Providencia —dijo Robert, con una sonrisa satisfecha, propia del hombre que ha descansado durante largas horas devolviendo a su organismo la perdida vitalidad—. Nuestro amigo el elefante, el que nos proporcionó anoche tan enorme susto, ha debido morir ya. No se oyen sus barritos.

Mientras la muchacha se dirigía al arroyo para asearse, atravesando parte de la gran explanada, Robert anduvo para detenerse a escasa distancia del proboscidio, al que vieron tenderse sobre uno de los esqueletos. El animal estaba muerto. Parecía increíble que un coloso como aquel pudiera ser perecedero. Las rugosidades de su piel, casi escamas en las patas, marcábanse profundamente. Uno de los colmillos rozaba la tierra pardusca y el otro erguía aún, desafiando el aire, como un reto contra lo irremediable, contra lo que a todos nos iguala, sin distinciones entre fuertes y débiles, humildes y poderosos.

Muy despacio, Robert giró sobre sus talones para regresar a la roca sobre la que había descansado y, pensativo, encendió su cachimba en espera de que su hermana regresara.

—He visto muchas hienas merodeando en derredor del cementerio —dijo Alicia, al reunirse con él.

—No se acercarán hasta que no nos hayamos marchado de aquí. Seguramente, las espantamos anoche.

—Es posible.

La muchacha se dispuso a terminar de peinarse mientras Robert cruzaba el amplio claro con el propósito de lavar su rostro y su tórax. Quince minutos más tarde los Pellington saciaban su apetito con parte de las provisiones que llevaban en los macutos y, después, cambiaron impresiones sobre el futuro.

—Aquél es nuestro destino, Alicia.

La aludida miró en la dirección que su hermano le indicaba con la diestra y pudo ver, a menos de cinco millas de distancia, los elevados picachos de los montes Muchinga. Un estremecimiento sacudió el femenino cuerpo. Robert, al observarlo, agregó:

—Insisto en que aún estamos a tiempo de volver.

—No tengo miedo. Mi terror de anoche fué debido a la fatiga. Si todos los días avanzamos de forma prudencial, sin agotarnos, te prometo ser valerosa.

—Eso espero.

Con la ayuda de la brújula y un mapa de la región, los Pellington decidieron el nuevo rumbo a seguir.

—El lugar en el que encontraron los restos del safari dirigido por nuestro padre se halla a tres millas al norte, en las primeras estribaciones de la cordillera. Lo ideal sería que llegáramos allí antes del anochecer para, mañana, buscar huellas e intentar seguir las.

—Emprendamos ahora mismo el camino —repuso la muchacha.

Iniciaron la marcha, internándose en el bosque, de suelo pelado y de árboles muy juntos, sumido en la penumbra. Debido a lo favorable del terreno y a la ausencia de maleza, anduvieron con rapidez durante cerca de dos horas, transcurridas las cuales el bosque fué tornándose menos espeso por lo que la vegetación empezó a dificultar el camino. Floridas lianas pendían entre los árboles y en no pocas ocasiones Robert vióse obligado a cortarlas para seguir avanzando.

—Ve detrás de mí, Alicia, y mira bien dónde pones los pies. En estos lugares abundan las serpientes de todas las especies.

El terreno comenzó a ser resbaladizo a causa de la humedad, por estar aquella zona surcada por numerosos arroyos que, sin duda, tenían sus fuentes de origen en los montes inmediatos.

Robert, temeroso de ser víctima de uno de los más terribles peligros de África, los pantanos, cortó una rama de árbol, tanteando con ella el terreno a fin de comprobar si había o no ante él arenas movedizas. Alicia, que miraba a su hermano, se llevó la diestra a los labios para no lanzar un grito de terror al ver a una gigantesca araña, cuyo peludo cuerpo tenía casi el tamaño de un fruto de cocotero, trepar por el improvisado bastón que Robert esgrimía. Él, de un golpe de machete, seccionó en dos al arácnido, comentando:

—Estas son inofensivas. Las más peligrosas son las de menor tamaño.

La maleza continuaba en aumento y pronto los Pellington hubieron de dar grandes rodeos para no verse envueltos en matorrales que, en ocasiones, tenían más de dos metros de altura. Casi sin reparar en ello, se internaron en un sendero formado, sin duda, por los grandes animales carnívoros.

Caminaban con grandes precauciones cuando, de forma inesperada, al

doblar un recordo formado por la maleza, los Pellington se detuvieron y Robert, arrojándose a tierra, apremió tenso, con voz que apenas si era un susurro:

—¡Al suelo, Alicia! ¡Es horrible!

Frente a ellos, en una explanada rocosa de no mucha amplitud, alzábanse numerosas chozas cónicas construidas con ramas de árboles y lianas entrecruzadas. En el centro de la aldea indígena, en torno a postes de tortura, había casi un centenar de negros que danzaban alrededor de...

—¡Son los porteadores!

—Sí, Alicia. Ya están muertos. Los nativos debieron sorprenderles cuando abandonaron nuestro campamento. Esos salvajes, sin saberlo, han actuado de ejecutores de la justicia. Demos un rodeo y... ¡Cuidado!

Vibraba de espanto la voz de Robert. Tres indígenas acababan de surgir de entre la vegetación para arrojarle contra los dos hermanos quienes, sin tiempo a utilizar las armas de fuego, hubieron de aceptar una desigual batalla. El joven, cubriendo a Alicia con su cuerpo, pudo asir su afilado machete y hundirlo en el pecho de su enemigo más inmediato. Celebró íntimamente que el ataque se hubiera producido de forma tan inesperada y no haber disparado el rifle o los revólveres, sembrando la alarma. Dispuesto a eliminar en silencio a los indígenas, giró en redondo y, separándose de su hermana, pudo asestar una puñalada en el costado a otro de sus antagonistas, con lo que las fuerzas quedaron igualadas. Robert, retrocediendo para atraer al negro a una zona no visible desde el campamento, con el machete en la diestra, sonreía seguro del triunfo. El nativo, de pronto, tuvo conciencia del peligro en que se encontraba y quiso gritar para advertir a los miembros de su aldea de la proximidad de los blancos. Pellington no se lo permitió; arrojándose sobre él, le tapó la boca con la diestra mientras le hundía el acero en el lado izquierdo del tórax, atravesándole el corazón.

La lucha había sido breve y en ella pudo advertir Alicia la extraordinaria bravura de su hermano y lo útiles que le habían resultado a éste sus conocimientos de esgrima y de lucha para deshacerse de sus enemigos.

—Dos negros han muerto pero el tercero vive. Su herida no parece grave. Apenas recobre el conocimiento irá a avisar a los guerreros, quienes nos darán caza.

Las palabras de Robert impresionaron a la mujer.

—¿Piensas matarle también?

Él movió la cabeza en ademán negativo.

—No; desgraciadamente no soy capaz de hacerlo. Por fortuna, disponemos de provisiones para varios días y tengo un plan que quizá nos permita burlar a los indígenas. Lo primero que hemos de hacer es esconder los cuerpos para que tarden en ser encontrados.

Sin gran esfuerzo, síntoma demostrativo de su extraordinaria fortaleza física, Pellington ocultó a los dos cadáveres y al herido entre unos espesos matorrales, borrando después las huellas. Sólo entonces se dispuso a poner en práctica el proyecto de que le hablara a Alicia.

—Huyamos.

Se alejaron apresuradamente, siempre en dirección a los montes Muchinga. Robert miraba con ansiedad en todas direcciones, eligiendo el mejor camino para eludir la posible persecución de los nativos. Llevaban varias horas de marcha cuando él exclamó, con voz jubilosa:

—¡Un riachuelo!

—Sí. Parece caudaloso. Confiemos en que no sea muy profundo.

El hombre fué quien primero llegó al agua y entró en ella, no sin tomar la precaución de llevar en alto las armas de fuego y las municiones a fin de impedir que la humedad deteriorara los proyectiles, los revólveres o el rifle. No era necesaria tal medida.

—Entra tú también en el río, Alicia. Apenas si cubre hasta la rodilla. Avanzaremos por él hasta que anochezca.

La muchacha contempló el rostro de su hermano, teñido de color escarlata, reparando como en sus ojos reflejábase un brillo de dureza. Fué a decir algo pero no pudo hacerlo. El sonido de varios tambores lejanos rompió el silencio del bosque. Sin duda, los indígenas habían descubierto a sus compañeros y avisaban a otras tribus de la presencia de sus enemigos.

El temor ponía alas en los pies de los jóvenes quienes, chapoteando en el agua, atentos a todos los peligros, avanzaban en la certeza de que a los nativos les iba a ser imposible encontrar sus huellas en el fondo del arroyuelo. Al oscurecer, agotados por el esfuerzo y por la tensión nerviosa y ante la imposibilidad de encender fuego para ahuyentar a los animales carnívoros, fuego que les descubriría a los negros, los Pellington subieron a un árbol de espeso ramaje y acomodáronse entre las ramas altas.

—Permaneceremos aquí el tiempo necesario hasta convencernos de que han desistido de nuestra captura. Colócate en la horquilla que forma el tronco y encájate en ella de manera que no puedas caerte cuando concilies el sueño.

Ella hizo lo que Robert le indicara, comentando después:

—¡He de confesar que me maravilla tu serenidad cara al peligro. No te imaginaba tan...

—¿Valeroso?

—Decidido, diría yo mejor.

—Atribúyelo a los deportes. Debieran ser obligatorios en todos los países y para todos los jóvenes, al menos hasta que cumplieran la mayoría de edad. Bueno, creo que hemos desorientado a los indígenas.

—Dios te oiga, Robert.

Las palabras de la muchacha fueron el remate al breve diálogo. No

tardaron en sumirse en un sueño reparador que había de prolongarse hasta las primeras horas de la mañana.

Sin descender del árbol, desayunaron con apetito, ya que la noche anterior no habían tomado alimento alguno, por no reclamárselo su agotado organismo. Ella fué la primera en advertir que...

—¡Los tambores han cesado!

—Sí. Después de transmitido el mensaje, para nada sirve el telégrafo de la selva. Si los negros hubiesen podido seguir nuestro rastro, ya habrían recorrido el río a favor y en contra de la corriente. Permaneceremos ocultos hasta media mañana y en el supuesto que no divisemos a ningún indígena será hora de reanudar la marcha.

Así lo hicieron. Millas interminables... Mosquitos... Ciénagas... Peligros sin cuento...

—No puedo más...

—Yo tampoco, Alicia. Acampemos por hoy.

—¿En lo alto de un árbol? Me duelen terriblemente los huesos.

—Será necesario pasar otra mala noche. Estos lugares son recorridos por toda clase de fieras. Sin embargo, faltan dos horas para que oscurezca. Podemos tendernos sobre la hierba y desentumecer nuestros músculos.

La muchacha se apresuró a hacer lo que su hermano le indicaba y Robert examinó el mapa.

—Mañana llegaremos al que fué último campamento de nuestro padre. A partir de entonces, los riesgos serán mayores.

—Dios seguirá amparándonos.

Los dos hermanos callaron, dejándose envolver por el embrujo del bosque. Multitud de pájaros revoloteaban en torno a sus nidos antes de entregarse al definitivo descanso. Las flores de las lianas y las que crecían en los charcos formados por el agua de las lluvias, despedían aromáticos olores. Dos gacelas pasaron cerca de los Pellington, con airoso caminar. Alicia, nostálgica, comentó:

—Todos los seres, incluso los irracionales, fueron creados para vivir en parejas.

Una sonrisa iluminó las facciones de Robert.

—¿Piensas en Andrew Tilling?

Ella, sorprendida, miró a su hermano.

—¿Sabes...?

—Sí. Los enamorados guardáis mal un secreto. ¿A qué esperabas para decírmelo?

—A anunciarte la fecha de nuestra boda. Él y yo decidimos ocultar el noviazgo. En el mundo social al que pertenecemos todo son rumores y malos entendidos. Falta sinceridad y nobleza. Él no posee otros ingresos que los que le proporciona la carrera de las armas, y esperaba ascender a

capitán antes de que contrajéramos matrimonio. Teme que haya quien pueda pensar que se acercó a mí seducido por la fortuna de nuestro padre. ¿No te parece mal, Robert?

—De ninguna manera. Tilling es una gran persona. Siento no tenerle con nosotros. ¿Sabe que nos hemos internado en el Continente Negro, abandonando la ciudad?

—Supongo que ya habrá recibido la carta en la que se lo notificaba. Ahora más que nunca lamentará no haber podido acompañarnos. El ascenso inmediato le obliga a realizar unos cursillos inaplazables, que ya debe de haber terminado.

Los dos jóvenes guardaron silencio. Ella pensaba en su prometido y sentía un miedo inmenso a no volverle a ver, a quedar sepultada para siempre en el corazón de África, víctima de las fieras, la fiebre o los indígenas. Robert evocaba a su padre, el mayor Jonás Pellington, por el que hubiera dado gustoso la vida. No descansaría hasta encontrarle. ¿Vivo? Desechó la idea, no sin tristeza. Los informes recibidos dejaban pocas dudas sobre la suerte del militar.

Robert, con una sonrisa comprensiva, observó que los párpados de su hermana se cerraban. Se puso en pie para no dejarse vencer también por el sopor que le invadía y, con la espalda apoyada en un árbol, encendió la cachimba. Todo era quietud en el ambiente. Los trinos de los pájaros aumentaban la sensación de paz.

Pellington aspiró con fruición el aire del atardecer, comprendiendo entonces el embrujo de África, algo que hasta entonces le había hecho sonreír. Aquellos paisajes, incluso los peligros, eran inolvidables. Tal vez, se dijo Robert, pasados unos años, en el supuesto de que saliera con vida de la aventura, él también necesitara volver a África, como tantos otros de los que hasta entonces siempre se burló. ¡Qué gran atractivo el del exotismo del Continente Negro!

Paseó despacio, con el propósito de dominar el sueño, consiguiéndolo. Aunque le dolía despertar a Alicia, tuvo que hacerlo cuando las sombras invadieron el bosque, tras un fugaz crepúsculo. Eligieron un árbol y luego de convencerse de que no había reptiles en sus ramas, se prepararon para pasar una incómoda noche...

CAPÍTULO IV

Los dos hermanos no pudieron contener su emoción al hallarse ante el último campamento del safari dirigido por el mayor Jonás Pellington. Aún se advertían los lugares en los que fueron encendidas las hogueras y Alicia y Robert encontraron varios objetos, uno de ellos desconcertante. Se trataba de una punta de flecha reconstruida en piedra, sucia de algo que la muchacha identificó en el acto.

—¡Está manchada de sangre!

—Sí. Tengo la certeza que después de los pilotos que informaron al Gobernador, alguien ha estado aquí. Ellos se refirieron al hallazgo de los cadáveres de los que acompañaban a papá. No se entretuvieron a enterrarles por considerar peligrosa su permanencia y, también, porque estaban en franco período de descomposición, casi a punto de convertirse en esqueletos. ¿Qué ha pasado con los cuerpos?

La pregunta de Robert tuvo como respuesta una exclamación de terror de Alicia.

—¡Dios mío! ¡Mira!...

* * *

El hombre, arrastrándose, en el límite de sus fuerzas, pudo penetrar en una gruta de la montaña, cuya entrada estaba oculta por una muralla de vegetación. Al hallarse a salvo, un suspiro de alivio se escapó del pecho del que fué testigo de la ceremonia de la Lanza Sagrada de la tribu sereje.

La caverna, sumida en absoluta obscuridad, era desde hacía muchos meses la vivienda de aquel individuo, refugio providencial que le permitía ocultarse de los indígenas durante las jornadas diurnas. Por fortuna para él, los nativos, muy supersticiosos, no acostumbraban abandonar de noche sus aldeas excepto para asistir a la fiesta de la luna llena, que se celebraba periódicamente. Así podía dedicarse a la caza con trampas y a la pesca para procurarse el sustento.

Del bolsillo de pecho de la desgarrada camisa extrajo una caja de fósforos y, encendiendo uno, prendió fuego a una pequeña mecha que descansaba sobre un líquido espeso. Una leve claridad iluminó la gruta, claridad que no podía ser advertida desde fuera, merced a la muralla de vegetación que obstaculizaba la entrada.

El hombre se tendió sobre una piel de leopardo y, pugnando por vencer la turbación que le dominaba, pasó revista a los hechos presenciados por él desde la parte alta del cráter. No pudo ordenar sus ideas. La modorra fué dominándole y quedó dormido antes de apagar la lamparilla, alimentada

con grasa de animales. Al fondo de la caverna, no muy amplia, había un fardo de los utilizados para el transporte de víveres en las expediciones por la selva y cerca de él, en una vasija metálica, grandes trozos de carne asada.

El solitario de los montes Muchinga, el único blanco que había conseguido vivir en la montaña que los indígenas consideraban sagrada, comenzó a delirar en alta voz y sus frases incoherentes retumbaban en la bóveda de la gruta con extraña resonancia, igual que si se tratase de un mensaje de la eternidad...

* * *

Con el rifle en disposición de disparar, Robert se volvió hacia el lugar indicado por su hermana, en la certeza de que algún grave peligro le amenazaba. No era así. Lo que suscitó el femenino terror fué una pirámide de huesos humanos, rematada en lo alto por las calaveras de los que, sin duda, fueron en vida miembros del safari organizado por el mayor Jonás Pellington.

Algo pálido, pero con una sonrisa en su rostro, el joven dijo:

—No es un espectáculo muy grato. Sin embargo, resulta menos terrible que el que puede ofrecer un puñado de negros con sus armas de guerra.



—No es un espectáculo muy grato, Alicia

Se acercó a los restos humanos acompañado por Alicia. Se hallaban a menos de cinco metros de distancia cuando se detuvieron, mientras un gesto de repugnancia aparecía en sus rostros, una serpiente abandonaba los huesos y, por unos segundos, su largo y delgado cuerpo se deslizó entre dos cráneos.

—Mal presagio —comentó Robert—. La colocación de los esqueletos

debe obedecer a algún rito indígena ignorado por nosotros. La pirámide es un monumento funerario de los primitivos reyes de Egipto. Ella confirma mi teoría de que alguien estuvo aquí después que los pilotos de los helicópteros. Nos encontramos en la zona de mayor peligro. Internémonos en el bosque.

—¿Sin encontrar huellas?

—Sin intentarlo. ¿A qué perder el tiempo? Creo que los montes Muchinga nos darán la solución del problema que nos obsesiona: el saber a qué atenernos con respecto a nuestro padre.

Antes de abandonar el campamento, Robert tomó en sus manos la punta de lanza que tanta extrañeza le causara. Después, seguido de su hermana, se adentró en el bosque. Los elevados macizos montañosos parecían encontrarse al alcance de la mano. Sin embargo, aún faltaban varias millas para llegar a las estribaciones de la cordillera.

Los dos jóvenes caminaban sin cruzar palabra, impresionados por lo que acababan de presenciar. De pronto, Robert, que tenía un extraño presentimiento, se detuvo:

—¿Oyes, Alicia?

Ella, imitándole, respondió, tras una breve pausa:

—No oigo nada.

—Eso es lo que me aterra. El silencio es absoluto, total. No se percibe el menor signo de vida. Parece como si hasta los animales huyeran de las proximidades de la montaña sagrada.

—No fantasees, Robert.

—No fantaseo. Algo ha hecho huir a los habituales moradores del bosque. Ellos ventean el peligro.

La voz del joven tenía tales trémolos de gravedad que Alicia, impresionada, inquirió:

—¿Temes que...?

—Mis temores acaban de convertirse en realidad. No hagas el menor ademán hostil. Nos rodean muchos negros.

Así era. Numerosos indígenas, capitaneados por un hombre alto, esquelético, que vestía extrañamente y que llevaba su cuerpo cubierto de amuletos, desde dientes de animales salvajes hasta pequeñas bolsas cuyo contenido todos ignoraban, aproximábanse a ellos con lentitud.

—¡Dios mío! ¿Nos defendemos, Robert?

—Sería inútil —repuso el joven con desaliento—. Son demasiados para que podamos vencerles. Además, tenía que ocurrir así. Vinimos por la certeza de la muerte de nuestro padre o a salvarle en el caso problemático de que viva. Sólo los moradores de estos parajes pueden decírnoslo con certeza.

—¿Cómo? No podremos entendernos con ellos por ignorar su idioma. El capataz era el intérprete y... ¿Has variado de opinión, Robert?

El aludido, que acababa de desenfundar un revólver y que curvaba ya su dedo índice sobre el gatillo, contestó:

—Pienso que tal vez no conozcan las armas de fuego. Voy a realizar algo que, posiblemente, nos cueste la vida si lo interpretan como un acto ofensivo. Pero no hay opción.

Sin apenas apuntar, Robert hizo fuego y una de las lanzas, con astil de madera y punta de piedra, que llevaba el que parecía el jefe del grupo de negros, fué quebrada por el proyectil. Un gesto de pánico se reflejó en los rostros de los indígenas y algunos, asustados, emprendieron la huida que cortó en seco una voz gutural, la del hechicero, quien fué el primero en inclinarse profundamente ante los Pellington.

—Adopta una actitud majestuosa, Alicia. Siempre creí que los novelistas exageraban al afirmar que aún existen tribus en el interior de África que jamás oyeron el estampido de las armas de fuego. Pero no es extraño que eso suceda en los montes Muchinga, donde jamás puso el pie ningún blanco, según afirman los nativos.

Una palabra, repetida por los negros, extrañó a los dos hermanos, quienes, erguidos, más dueños de sus nervios al saberse a salvo por el momento, se miraron.

—Parece el nombre de una persona.

—Tal vez Itoko sea su rey.

—Es posible. Esperemos a que ellos, por señas, se hagan comprender.

Los negros, siempre obedeciendo instrucciones del hombre alto y esquelético, se postraron ante los Pellington, depositando sus armas en tierra. Luego de permanecer varios minutos en tan reverente actitud, se incorporaron de nuevo para formar dos filas a ambos lados de la pareja, y el hechicero, con la diestra, señaló hacia los montes.

—Nos invitan a que les sigamos —dijo Robert—. Hagámoslo. Es posible que nuestro padre y los que con él integraban el safari fuesen víctimas de una emboscada y no tuvieran tiempo de defenderse. Tal vez nos encontremos de cara a sus asesinos o a sus secuestradores.

Los jóvenes, detrás del que les precedía, caminaban en silencio, escoltados por los guerreros. Robert observó que uno de los negros, que portaba un tambor africano de pequeñas dimensiones, se sentaba en el suelo. Segundos después, el telégrafo de la selva lanzaba intermitentes sonidos que hicieron estremecer a Alicia.

—Comunican nuestra captura —advirtió él.

—Sí. ¿Qué será de nosotros?

La voz de la muchacha vibraba de angustia. Mayor hubiera sido su ansiedad de saber que se hallaban en poder del cruel Hijo de la Luna, del hombre que la noche anterior, en la bárbara ceremonia de la Lanza Sagrada, había asesinado a sus mejores guerreros por el sólo delito de no mostrarse conformes con sus crueldades. Inongo, el gran mago de la tribu,

caminaba satisfecho ante la idea de poder demostrar a su pueblo que la profecía del gran Libro de Oro habíase cumplido, que una mujer blanca llegaba a los montes Muchinga a fin de que no se interrumpiera la tradición. Ella debía ser la destinada a ocupar el trono con Itoko y a dar herederos a la jefatura de los serejes. Inongo no ignoraba que las hojas del libro carecían de signos así como que jamás los dioses se le manifestaron al rey o a él para revelarles el futuro del pueblo. Monarca y hechicero no deseaban que ninguna de las mujeres de color contrajera matrimonio con Itoko para impedir que en la obligada convivencia matrimonial ella descubriese la verdad y advirtiera a sus familiares y amigos que estaban siendo víctimas del despotismo de dos hombres, quienes, se servían de la superstición para esclavizarles y no perder el dominio sobre los millares de negros que poblaban los montes Muchinga y que, periódicamente, por medio de los jefes de las aldeas, les ofrendaban las mejores piezas de caza y los más hermosos ejemplares de los animales domésticos que, con la agricultura, constituían los principales medios de vida de los nativos.

Conforme Inongo se acercaba a las estribaciones de la cordillera, iba pensando en que sería preciso deshacerse del que acompañaba a la futura esposa de Itoko, no necesario para sus ambiciosos proyectos...

* * *

Al percibirse el tam-tam anunciando la grata nueva de que los prisioneros se hallaban en camino, en el cráter apagado del volcán comenzaron los preparativos para dispensar a Inongo y a los suyos un triunfal recibimiento, mientras a lo largo y a lo ancho de los montes Muchinga los tambores iban repitiendo que la profecía del Gran Libro acababa de cumplirse y que dentro de pocas lunas Itoko se uniría a una enviada de la luna. Los que dudaban de la veracidad de los testimonios religiosos invocados hasta entonces por el rey absoluto de los serejes y por el gran mago, inclinaban sus cabezas con arrepentimiento y, también, con el temor de sufrir un castigo por su incredulidad. Si el Hijo de la Luna era capaz de leer el futuro, más fácil le sería adivinar los pensamientos de quienes hasta entonces dudaban de su condición de dios.

Pronto, los montes se poblaron de negros que se encaminaban hacia el cráter del volcán, entre el estupor de un hombre, con rostro de enfermo, que observaba el inusitado movimiento de los nativos desde la entrada de su caverna y al amparo de la alta vegetación.

Cuando obscureció, el individuo blanco, reptando, incapaz de dominar su curiosidad, se arriesgó a salir de su escondite para dirigirse de nuevo al sitio desde el que fué testigo de la matanza acaecida en la noche de luna llena.

En no pocas ocasiones, con grave riesgo de recibir la mordedura de

alguna serpiente, hubo de arrojarse entre los matorrals más próximos para no ser descubierto por grupos de indígenas que, portando antorchas encendidas, en el frenesí de su entusiasmo, aclamaban a Itoko mientras se dirigían a su encuentro, sin importarles ya que en un futuro la Lanza Sagrada les eligiese como víctimas. Tras la prueba de la divinidad de su rey, de la que muchos dudaron hasta entonces, no les importaba morir a sus manos por considerarlo un alto honor.

En el cráter habíanse encendido numerosas hogueras que iluminaban fantásticamente las sombras de la noche. Cuando el solitario de los montes Muchinga llegó; al sitio por él elegido para vigilar la gran hondonada natural, pudo ver a millares de negros rodeando a dos jóvenes blancos, un hombre y una mujer, que le daban la espalda. Itoko aún no había aparecido y era Inongo el que, sobre la meseta rocosa donde se celebraban los ritos y los sacrificios, recibía el homenaje de los serejes con aire triunfal y un brillo dominador en su mirada.

El gran mago de la tribu hizo subir a los prisioneros hasta el promontorio de piedra, y entonces algo indescriptible atenazó el cerebro del que llevaba muchos meses residiendo en aquellos, lugares.

—¡No!... ¡No!... ¡No pueden ser ellos! ¡Están en Inglaterra, a miles de millas de aquí I ¡Empiezo a volverme loco!

Cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza, e intentó convencerse de que estaba siendo víctima de una cruel pesadilla. No fué así. Al abrirlos de nuevo, las figuras de Alicia y de Robert, iluminadas por las fogatas, aparecieron con nitidez ante sus pupilas. Un grito ronco, casi el estertor de un moribundo, se escapó de los labios del que hasta entonces había soportado con entereza todos los peligros y privaciones.

—¡Hijos!... ¡¡Hijos!!...

No pudo seguir hablando. Una nube veló su cerebro. Fué inútil que intentara resistir el desmayo. Aquel hombre enfermo, agotado por una vida de privaciones y por una incurable enfermedad, con los ojos cubiertos de lágrimas perdió el sentido, mientras en el cráter sonaba un clamor de júbilo al ver a Itoko quien, majestuoso, portando la Lanza Sagrada, acababa de salir de su casa de piedra...

* * *

Poco antes...

Grande fué el asombro de los Pellington al internarse por un estrecho pasadizo, un túnel excavado en la montaña por la mano del hombre. Inongo, que les precedía, llevaba en su diestra una antorcha.

Los dos hermanos, unidos del brazo, se estremecieron preguntándose cómo iba a terminar su aventura. Pese a la sumisión de los indígenas, no se hacían ilusiones con respecto a su futuro. Eran prisioneros de los nativos

aunque éstos les trataran con la máxima benevolencia. Incluso con temor.

La gran tea de resina portada por el hechicero, arrancaba fugaces resplandores a las rocas, en algunos puntos húmedos por filtraciones.

Cuando llevaban más de diez minutos caminando por el pasadizo, la sangre pareció helarse en las venas de los jóvenes al oír, lejanas, perdidas casi en la distancia, las voces de muchos hombres, cuyo volumen iba en aumento. Inongo se detuvo al percibir las y, volviéndose a los hermanos Pellington, dijo algo que éstos no entendieron pero que debía de ser grato para el negro a juzgar por el gesto de satisfacción que había en su rostro.

—Nunca esperé que un disparo de revólver surtiera tan buen efecto. Observa cómo el que nos precede nos indica con la antorcha las desigualdades del terreno a fin de evitar que caigamos.

—Sí —repuso la muchacha—. Sin embargo, no me inspiran ninguna confianza. Son salvajes. No lo olvides.

—No lo olvido, y procura recordarlo tú también. Mientras no nos arrebaten las armas de fuego, siempre nos quedará el recurso de morir defendiendo nuestras vidas y cobrándolas a buen precio.

No había acabado Robert de pronunciar tales palabras cuando una claridad rojiza, sin duda producida por hogueras, iluminó el subterráneo frente a ellos.

Diez minutos más tarde, ensordecidos por los vítores y las aclamaciones, los dos hermanos llegaban al amplio cráter en el que habitaban Itoko, los hombres de su guardia y los miembros del Consejo de Ancianos con sus respectivos familiares. Era la capital del imperio que los serejes habían establecido en los montes Muchinga.

Atónitos, anduvieron entre los nativos para situarse al pie de una plataforma rocosa, a la que subieron obedeciendo los gestos de Inongo. Al hallarse en tal posición, Alicia sintió deseos de alzar la cabeza y mirar hacia el cielo, ignorando que, a corta distancia, perdido el conocimiento, se hallaba el mayor Jonás Pellington, por quien ella y su hermano habían arrojado tantos peligros.

—¡Mira, Robert! ¡Un hombre blanco!

Itoko acababa de aparecer a la puerta de su palacio y el júbilo de la muchedumbre se desbordó. De entre todos los reunidos, sólo una bella indígena permanecía silenciosa. Era Celima, hija de Lumy y hermana de Urundi, muertos ambos a manos del Hijo de la Luna.

Majestuoso, consciente de su triunfo, el rey de los serejes avanzó escoltado por los hombres de su guardia para ascender a la plataforma de piedra por unos escalones desgastados por el tiempo. Al hallarse cara a los Pellington, Itoko alzó la lanza de oro y, muy despacio, con una sonrisa que tuvo la virtud de tranquilizar a los dos hermanos, apoyó la afilada punta en el pecho de Robert y de Alicia, retirando después el arma.

—Debe de ser un rito religioso —dijo el joven.

La muchacha asintió con el gesto mientras contemplaba al pretendido Hijo de la Luna, sin poder sustraerse a la admiración que le producía la varonil belleza de aquel hombre, a quien todos parecían amar.

—¿Entiendes nuestro idioma?

La pregunta de la muchacha no obtuvo respuesta. Itoko la contemplaba, diciéndose íntimamente que nunca soñó encontrar allí una mujer de tan extraordinaria perfección física.

—No olvides demasiado pronto a Andrew Tilling —ironizó Robert, al advertir el interés con que su hermana miraba a Itoko—. Me temo que no sea más que un salvaje de piel blanca.

Ella, reaccionando, repuso con aspereza:

—No digas disparates. Me asombra encontrar a un ser de nuestra raza, que ignora nuestro idioma, rigiendo a millares de negros. Me agrada conocer la verdad de lo que nos rodea.

El hechicero asió a Alicia de uno de los brazos, separándola de su hermano, y la situó a la derecha de Itoko. Después, con voz potente, dió orden para que comenzara una ceremonia que extrañó a la joven. Los miembros de la escolta del rey y todas las personas de relieve en la tribu, sin olvido de los jefes de las diversas aldeas, fueron subiendo a la plataforma para postrarse con reverencia a los pies de la que estaba destinada a ser la esposa del Hijo de la Luna y a compartir con él el reinado.

El desfile duró hasta casi el amanecer. Al terminar, varias mujeres negras, de plena confianza de Inongo y de Itoko, se hicieron cargo de la muchacha para conducir al palacio habitado por el Hijo de la Luna y servirla hasta el día en que contrajera matrimonio con el rey. Robert quiso seguir a su hermana pero las lanzas de varios guerreros, impidiéndoselo, diéronle a entender que su destino era muy distinto al de Alicia. La muchacha, que quiso volverse para reunirse con Robert y compartir su suerte, vio también cerrado el paso. Decidida a morir junto a Robert, llevó la mano al revólver, que no desenfundó.

—¡Quieta! ¡No hagas locuras! ¡Tiempo tendremos de intentar fugarnos! Por ahora parece que no corro peligro, al menos inmediato. Nadie se ocupa de quitarnos las armas y con ellas, sabiendo cuál es la salida de este cráter, quizá consigamos abrírnos paso. Procura enterarte de si somos nosotros los primeros blancos que han pisado las tierras de la tribu que nos ha hecho prisioneros.

Alicia, comprendiendo que su hermano estaba en lo cierto al aconsejarla así, se dejó llevar por las mujeres. Robert fué conducido a una de las pequeñas casas de piedra, intranquilizándose al ver que Inongo dejaba a un guerrero de vigilancia...

CAPÍTULO V

Cuando él mayor Jonás Pellington recobró el sentido, su hija Alicia se dirigía a la casa de Itoko y Robert era conducido a través del cráter. Mordiéndose los labios, el padre de ambos pudo darse cuenta de que colocaban un indígena armado a la puerta de la cabaña donde quedaba el bravo joven.

—¡Yo les salvaré, aunque para ello tenga que perder la vida!

Una vez formulado tal propósito, el mayor pareció recobrar la serenidad de juicio. Por el momento, Robert era el único que corría peligro, ya que imaginaba que a Alicia la destinaban a compartir la vida del cruel Hijo de la Luna. Hasta entonces, el principal problema a resolver por Jonás Pellington consistía en descubrir el lugar de acceso al cráter y se dispuso a aclarar tal incógnita permaneciendo en atenta vigilancia. Al amanecer, tras numerosos cánticos y bailes de los indígenas vió como éstos se disponían a regresar a sus aldeas, finalizada la ceremonia de presentación de la mujer blanca, para lo cual aproximáronse a una de las paredes del natural embudo. Desde donde se hallaba, el mayor no podía ver la boca del subterráneo, pero pudo adivinarlo al ver cómo los hombres iban desapareciendo, cual tragados por las montañas.

Inmediatamente, pese a lo arriesgado de sus planes, se dispuso a averiguar la salida del pasadizo; siempre desde lo alto de la montaña, fué vigilando las estribaciones de la cordillera con el afán de divisar a los nativos y, por la zona en que se encontraran, orientar minuciosamente sus pesquisas. Su asombro fué enorme. Transcurridas dos horas vió con gran sorpresa a numerosos grupos de indígenas, quienes, por distintos lugares, ascendían a lo alto de las montañas, por lo que dedujo que el pasadizo subterráneo debía de ser muy largo y terminar, quizá, en el bosque.

Experimentando viva congoja, Jonás regresó a la zona del cráter y, al amparo de las rocas, considerando peligroso dirigirse a su caverna mientras los negros recorrieran la cordillera rumbo a sus respectivas aldeas, se dedicó a vigilar la hondonada.

Las mujeres que tañían los tambores fueron las últimas en penetrar en sus casas. Pronto, sólo quedaban diez indígenas de vigilancia, nueve de ellos rodeando la casa de Itoko y el otro en custodia de Robert.

El mayor, hombre audaz habituado a enfrentarse, y a vencer, a la muerte, miró con avidez los paredones interiores del cráter con el afán de descubrir la zona más propicia para el descenso.

«El que intente bajar corre el riesgo de estrellarse» pensó.

Tras una breve vacilación, decidido a aprovechar el reposo de los nativos, situándose en una zona desde la que no fuera visible para los

guerreros de la guardia de Itoko, el mayor inició el peligroso descenso por lugares tan inverosímiles que en no pocas ocasiones creyó que se despeñaría al fondo del abismo. Los salientes de las rocas eran tan poco pronunciados que en muchos de ellos apenas si podía colocar sus pies, mientras sosteníase con las manos hundidas en pequeñas grietas, expuesto a recibir la mordedura de algún escorpión.

Llevaba diez minutos de descenso cuando el creciente cansancio que sentía le hizo pensar que acaso no llegaría al fondo de la natural cavidad. Era forzoso que descansara, al menos una vez, a mitad del camino a recorrer. De lo contrario, sus músculos, sometidos a constante tensión, se negarían a sostenerle hasta el final.

Jonás Pellington se reprochó, tarde, haberse dejado arrastrar por el cariño hacia sus hijos, con olvido de las más elementales normas de prudencia, cual era garantizarse una rápida fuga. De ser descubierto durante el descenso, no podría defenderse ni aun siquiera empuñar las armas, ya que necesitaba de las dos manos para sostenerse en precario equilibrio. Desechó tales ideas por considerar que minaban su moral y centró todo su interés en no estrellarse, cosa que iba resultando difícil debido a que, lejos de mejorar, el camino empeoraba, siendo más estrechos y resbaladizos los salientes. Le dolían los brazos y las piernas y su pecho acusaba la fatiga con una respiración rápida, poco profunda. Un calambre en el muslo izquierdo le hizo perder el equilibrio y, por unos segundos, Pellington quedó colgado sobre el abismo, sostenido únicamente por sus manos. Sin desconcertarse, pudo encontrar un punto de apoyo para el pie derecho y sostenerse hasta que el calambre cesó. Sin embargo, Jonás tuvo la certeza de que se repetiría en breve, quizá con funestas consecuencias para él.

Hasta entonces, para evitar el vértigo, había ido descendiendo sin mirar el camino que le faltaba por recorrer, temeroso también de desalentarse; pero creyó necesario hacerlo a fin de descubrir algún sitio que le permitiera descansar. Aún con la certeza de un rápido final, no quería rendirse sin defender su vida hasta el último suspiro. Y continuó bajando, con las máximas precauciones, ante el temor de que se le produjera un segundo agarrotamiento de algún músculo, lo que no tardó en sucederle, correspondiéndole esta vez a uno de los brazos. Merced a las precauciones adoptadas, pudo evitar la catástrofe y sostenerse en difícil equilibrio sobre una estrecha cornisa, agarrado con una mano al reborde de un peñasco.

Un gran lagarto cruzó con rapidez por entre sus piernas y el hombre le envidió, mientras una amarga sonrisa, no exenta de ironía, se reflejaba en sus labios. ¡Cómo imaginar nunca que llegaría a envidiar a un reptil!

De nuevo recuperado, notándose a cada instante más débil, prosiguió el descenso, siendo sorprendido por dos calambres simultáneos en ambas pantorrillas. Angustiado, con la certeza de un rápido y trágico final,

hundió los dedos de ambas manos en una profunda cortadura, sujetándose a pulso, mientras pensaba que si era acometido de un agarrotamiento en cualquiera de los dos brazos, su muerte sería irremediable.

El sudor deslizábase pródigo por el cuerpo de Jonás, quien, por vez primera en su vida, sintióse acometido por el pánico. Le horrorizaba estrellarse, y no era sólo el instintivo miedo que a todos inspira la muerte, sino que acuciaba la idea de que él era el único capaz de salvar a sus hijos, a merced de la crueldad de Itoko y de Inongo. La idea de que Alicia fuera obligada a contraer matrimonio con el falso descendiente de la luna, hacía estremecer a Pellington.

El lagarto, que al principio se había alejado de la proximidad del hombre, apareció de nuevo a corta distancia del mayor para mirarle con sus ojos redondos.

El dolor que Jonás experimentaba en ambas piernas era agudísimo, casi insoportable. Sus dedos comenzaron a resbalar muy despacio...

* * *

Alicia quedó deslumbrada al ser conducido a una gran habitación en la que todos los muebles y objetos eran dorados. Las mujeres que la acompañaban retiráronse de la estancia y la muchacha, al quedar sola, examinó un gran espejo en forma circular, así como una especie de coqueta sobre la que había diversos frascos, también metálicos, con artísticos tapones. La joven no tardó en darse cuenta de que...

—¡Es Oro! ¡Oro!

Atónita, Alicia permaneció inmóvil, preguntándose cómo habrían llegado hasta aquel salvaje lugar los tarros, sin duda conteniendo esencias, y la gran luna de cristal en la que veía reflejado su rostro.

Miró en derredor. Al fondo, junto a un ventanal, con una reja exterior de oro, pudo distinguir un amplio lecho cubierto de pieles de leopardo, una mesa de madera, sobre la que había un vaso dorado, y varias sillas. En las paredes, en pequeñas oquedades, lucían tres lamparillas que se alimentaban de un líquido oscuro, quizá grasa animal.

El estupor de Alicia fué en aumento al darse cuenta de que los pomos de oro estaban llenos de perfumes de intenso aroma. Puso unas gotas sobre su sucia camisa y un grato olor se expandió por la estancia.

Un ruido a su espalda la hizo volverse, interrumpiendo su grata tarea. Itoko acababa de entrar en la habitación. Ella, palideciendo, miró con fijeza al rey de la tribu de los serejes y esforzóse en sonreír para que el recién llegado no advirtiera su nerviosismo.

Durante varios minutos, el hombre y la mujer se observaron en silencio. Itoko, golpeándose el pecho con la mano, dijo:

—Yo, Hijo de la Luna. Tú serás para mí.

Pese a que el idioma utilizado por Itoko era desconocido por Alicia, ésta adivinó el significado de las dos frases y, negando con el gesto, repuso:

—Sólo por la fuerza me uniré a ti.

Él debió entender la negativa pues ensombrecióse su rostro mientras en sus labios se dibujaba una mueca de crueldad. Tornó a golpearse el tórax y a repetir;

—Yo Hijo de la Luna. Tú serás para mí.

Apenas pronunciadas tales palabras, el rey de los serejes desapareció de la vista de la joven, quien, abrumada por la amarga realidad y presintiendo un trágico futuro, se dejó caer sobre el lecho, rompiendo a llorar amargamente...

* * *

Cuando Jonás creía irremediable su caída, cesaron los calambres de ambas piernas y pudo descansar en ellas el peso de su cuerpo, salvándose así de una muerte cierta. Los dedos le escocían, rasgada la piel de algunas partes por el continuo roce de las rocas.

Desesperado, sin entregarse por completo, el mayor continuó descendiendo mientras murmuraba:

—No he hecho más que prolongar mi agonía.

En la certeza que de un momento a otro iban a repetirle los calambres, con mayor agudeza que las veces anteriores debido a la fatiga de sus músculos, Jonás siguió bajando y de pronto vió cortado su peligroso camino por una roca combada, imposible de salvar. Desvióse a la izquierda descubriendo con júbilo un saliente muy pronunciado, de más de treinta centímetros de anchura. La alegría por el hallazgo, desbordando su pecho, se tradujo en una exclamación, breve himno de gratitud hacia la Providencia:

—¡Gracias, Dios mío, por no abandonarme!

Durante quince minutos permaneció descansando y, una vez recobradas sus fuerzas, hecha ya más de la mitad del camino, siguió el descenso. Conforme se aproximaba a la meta, los rebordes de las rocas eran más amplios.

Al llegar al fondo del cráter, el mayor, arrojándose a tierra y oculto de la vista de los centinelas por un gran peñasco, respiró afanoso. Al mirar hacia lo alto y contemplar el camino recorrido, se dijo que nada le obligaría en un futuro a repetir la hazaña que acababa de culminar con un éxito sorprendente, incluso para él mismo.

Amparado en la roca, Pellington trazóse un nuevo plan de acción y, procurando no ser advertido por los guerreros que montaban la guardia en derredor de la residencia de Itoko, bordeó el cráter para situarse a escasa

distancia de la cabaña de piedra en la que Robert estaba prisionero. Una vez más Jonás bendijo al Altísimo al darse cuenta de que la plataforma rocosa del centro de la natural hondonada aislaba de sus compañeros de armas al negro que custodiaba a su hijo.

Animado por una fría resolución, arrastrándose, logró situarse a la espalda del indígena sin ser oído por éste. Antes de que pudiera advertir el peligro, el negro caía sin conocimiento a tierra, al serle propinado un fuerte culatazo en la nuca.

Jonás, enfundando el revólver que utilizó como maza, sin vacilaciones, consciente del valor de los segundos, penetró en el interior de la casa permaneciendo inmóvil hasta que sus ojos se habituaron a la semipenumbra, en brusco contraste con la claridad de la mañana.

—¿Dónde estás, Robert?

—¡Padre! ¿Eres tú?

Jonás Pellington no respondió. Una sombra acababa de abalanzarse sobre él y pudo estrechar contra su corazón al ser querido. La emoción le ahogaba y tardó varios minutos en reaccionar mientras por sus mejillas se deslizaban gruesas lágrimas. Al fin, pudo balbucir:

—Robert... Hijo mío... ¿No me reconociste al entrar?

—Me oculté en uno de los laterales, temeroso de que vinieran a asesinarme. ¡Estás muy desmejorado, papá! ¿Tú también eres prisionero de Itoko?

—No. Vine a rescatarte. Llevo varios meses residiendo en los montes Muchinga sin ser descubierto y subsistiendo merced a mis largos años de permanencia en África. A ellos debo mi destreza para cazar con lazos y para pescar con improvisados anzuelos. No perdamos tiempo, Robert. Si descubren al centinela desvanecido o recupera el conocimiento, no escaparemos vivos de aquí.

—¿Vamos a rescatar a Alicia?

Jonás Pellington movió la cabeza en gesto negativo, mientras contestaba:

—Es imposible. El palacio está custodiado por nueve hombres. Sólo podremos vencerlos a tiros y las detonaciones sembrarían la alarma. Ella no corre ningún peligro. Itoko la desea para esposa y la ceremonia no se efectuará nunca antes de la próxima luna llena. Poseo un buen escondite en el que trazaremos el futuro plan de acción.

—Pero...

Una sonrisa amarga se reflejó en los labios de Jonás Pellington.

—¡Si tú supieras cuán grandes son mis deseos de salvarla...! Sin embargo, considero absurdo morir sin provecho para ninguno de los tres. Los hombres de Itoko se dejarán matar antes que permitir que escape Alicia. Si tú y yo lo conseguimos, será sin ser advertidos por los centinelas.

Robert no se opuso a los deseos de su padre y, tras un nuevo abrazo,

tenso, emotivo, dijo:

—Haré lo que tú ordenes.

—Salgamos de aquí y que Dios siga protegiéndonos como hasta ahora. ¿Vinisteis en mi busca?

—Sí.

—¿Sin porteadores y sin guía?

—Nos abandonaron, asegurando que en estas montañas habitaba un genio del mal, que eran sagradas.

—Comprendo. En parte, no les falta razón. ¡Vamos!

Los dos hombres abandonaron la casa de piedra y, con infinitas precauciones, arrastrándose en los lugares desde los que divisaban a los guerreros de Itoko, fueron bordeando el cráter, en busca del subterráneo que daba salida al campamento real de los serejes. Robert indicó con exactitud el lugar por donde entraron a la cavidad montañosa y, poco después, padre e hijo, en tinieblas, avanzaban por el pasadizo que había de conducirles a la libertad.

Robert encendió un fósforo, pues en su viaje al cráter le había parecido advertir que al principio y al final del subterráneo, en el suelo, apiladas en los laterales, había antorchas. No se equivocó. Sin duda los indígenas las almacenaban en tales lugares a fin de disponer en todo momento de luz para entrar y salir del cráter.

Precipitadamente, corrieron por la galería, tan larga que Jonás hubo de detenerse dos veces, vencido por la fatiga.

—No soy un aceptable compañero de fuga, hijo. Apenas si tengo fuerza para nada.

—No te preocupes, papá. Aún no han descubierto mi...

Robert no terminó la frase. Un tambor, cuyo sonido se agigantaba con el eco, comenzó a atronar las bóvedas, llenando de inquietud a los fugitivos.

—Están comunicando a las tribus de las montañas que uno de los prisioneros ha escapado. Ignoran mi presencia en el cráter, Robert, y también en el territorio sereje, ¡El pasadizo» no se acaba nunca!

—¡Ya se ve luz, papá.

En efecto. A corta distancia se hallaba el final del subterráneo, que no tardó en ser alcanzado por los Pellington.

—Como me imaginaba, desemboca en la selva y no en la cordillera.

—¡Huyamos por la espesura!

—No, Robert. La salvación está en mi refugio. He permanecido en él muchos meses. Ellos te buscarán en la zona poblada de árboles, creyendo que pretendes huir de los montes Muchinga. ¿Cómo pensar en la audacia de internarte más en su territorio?

El joven asintió con el gesto, convencido de que la razón era de su padre. Además, todo lo que fuera alejarse de las montañas le desagradaba.

quería encontrarse cerca de Alicia para poder acudir en su socorro, para morir con ella si era preciso.

—Haré lo que indiques.

—Bien, Robert. Estoy tomando aliento. Me encuentro agotado, enfermo. Confío en que viviré lo preciso para sacaros del lugar a donde nunca debisteis venir. Imítame en todo. ¿Oyes? Las tribus contestan.

Hasta entonces sólo se oyó el batir de un tambor; pero, en la distancia, percibiéronse otros sonidos, en diversas direcciones.

—La montaña se llenará de guerreros. No podremos llegar a mi escondite.

—¿Entonces? —inquirió Robert, inquieto.

El mayor, con una sonrisa exenta de preocupación, repuso:

—Acabo de orientarme. Voy a mostrarte algo que te sorprenderá. Los indígenas tardarán cerca de una hora en constituir un peligro para nosotros. Nos sobra tiempo y...

Jonás no terminó la frase, comenzando a ascender por un sendero, el mismo que utilizaban los negros al abandonar el cráter para dirigirse a sus poblados. A los pocos minutos de camino, el mayor se apartó hacia la derecha, saltando de roca en roca, por lugares abruptos que a veces parecían inaccesibles. Robert, pese a ser joven y a hallarse en pleno dominio de sus facultades físicas, vacilaba a veces al salvar alguna profunda cortadura y en una ocasión se hubiera estrellado a no ser porque Jonás, atento a las torpezas de su hijo, le sujetó por un brazo impidiéndole que rodara por un precipicio.

—¿Y aun dices que estás viejo, papá?

—Sí. Viejo y enfermo. Me aqueja un...

—Lo sé. Nos lo dijeron en Kenia.

—Allí no lo saben todo. Vine a África, a morir donde quisiera haber vivido siempre. El médico de Londres me aseguró que no viviría más que unos meses. Ya pasó el plazo del científico, por lo que me considero algo así como un resucitado.

Robert fué a referirse a la no infabilidad de los doctores; pero no pudo hacerlo. Su padre había reanudado la marcha y tuvo que emplear todos sus sentidos en seguirle, sin despeñarse por las a cada momento más profundas simas. Conforme ascendían por la ladera, los peligros iban en aumento.

—¡Cuidado, hijo! ¡No saltes!

El mayor se hallaba al otro lado de un estrecho precipicio, sobre una gran roca. Su advertencia llegó tarde. El joven acababa de tomar impulso y transponía el obstáculo, situándose junto a Jonás. Robert reprimió un gesto de espanto al advertir lo que motivaba el pánico del que le había libertado de las garras de Itoko, el cruel Hijo de la Luna. Una serpiente de cascabel, de gran tamaño, que sin duda tomaba el sol sobre la plataforma rocosa en la que se encontraban los dos hombres, silbaba amenazadora a menos de

cuatro metros de distancia de los Pellington, irguiendo más de medio cuerpo sobre su cola, en actitud ofensiva. Robert, espantado, desenfundó su revólver pero su padre le aferró la muñeca con fuerza, a la par que musitaba, tensa la voz:

—¡Quieto! Lllamaríamos la atención de los indígenas. Permanece inmóvil. Llevas un machete a la cintura. Si ese animal ataca, defiéndete con él.

El joven se estremeció ante la idea de luchar contra el gigantesco reptil sin otra arma que el acero, teniendo a su espalda un profundo precipicio. Nada dijo. Una vez más, admiró a su padre que, cara al ofidio, con la diestra sobre el mango del cuchillo, parecía hipnotizado por los ojos de la serpiente de cascabel.

Los segundos se agigantaron en los corazones de los dos hombres, interminables, lentos, angustiosos. El ofidio movía a derecha e izquierda la cabeza, aproximándola más y más a los Pellington. Robert, secos los labios por la emoción, sintiendo que gruesas gotas de sudor se deslizaban por sus sienes, rogó:

—¡Déjame disparar, padre! ¡Cualquier cosa es preferible a...!

—¡Calla!

El tintineo producido por la cola del reptil, muy semejante al sonido de cascabeles, se acentuó a la par que el ofidio aumentaba sus movimientos, dando la sensación de que se iba a lanzar al ataque.

—¡Atento, Robert! —susurró el mayor, sin apenas mover los labios al advertir el cambio de actitud en el animal—. ¡Olvídate de que llevas revólveres!

La tensión era insoportable para ambos hombres. El reptil no se decidía a caer sobre ellos.

Los nervios tensos, jadeante el pecho, trémulas las manos, los Pellington esperaban, conscientes de lo que para ellos podía significar la pérdida de un tiempo precioso para ocultarse de los negros serejes.

El feroz animal, al advertir la quietud de quienes consideraba sus enemigos, disipado tal vez su furor, descansó lentamente el cuerpo sobre la roca para perderse en un macizo de vegetación que crecía entre dos peñascos. Robert lanzó un suspiro de alivio.

—Ahora sí puedo decir que sé lo que es el pánico. Tuviste una admirable serenidad, papá.

—No quedaba más remedio. El valor no es otra cosa que serenidad ante lo irremediable o el dominio de las reacciones ante el cumplimiento de un deber. ¡Sigamos!

—¿Falta mucho?

—Apenas cinco minutos.

Anduvieron hasta llegar a un arroyo, que se deslizaba entre montañas. El rumor del agua fué en aumento y los dos hombres, sin abandonar la

torrentera, alcanzaron una meseta en la que había una laguna. Una enorme pared rocosa, al norte, delimitaba el paisaje.

—Hemos llegado, Robert. Podrás demostrarme si eres un hábil nadador.

—No te entiendo, padre.

—Es bien sencillo. Sumérgete y nada en línea recta. El recorrido es breve.

—Se mojarán las armas y la pólvora.

—Sí. Es inevitable; pero te aseguro que no nos harán falta, al menos mientras no regresemos a la montaña.

Sin más palabras, el mayor se arrojó al agua fría pese a la cálida temperatura de la mañana. Robert, imitándole, se preguntaba a qué lugar iba a conducirlo su padre. No tuvo tiempo de responderse. Vió ante él una sombra y la siguió; tras permanecer unos instantes en la más absoluta oscuridad, sintió cómo el sol iluminaba de nuevo el líquido elemento. De varios talonazos, salió a la superficie. Su padre nadaba en dirección a la orilla del lago, en una zona que ofrecía un enorme contraste con el sitio que acababan de abandonar. Vió grandes árboles y macizos de flores y arbustos.

—Estamos en el que yo denomino «Valle del Silencio». Es una extensa garganta entre montañas cortadas a pico.

Las palabras del mayor, pronunciadas cuando ya su hijo se hallaba en tierra, produjeron vivo asombro en él.

—¿Cómo descubriste este lugar? ¿No crees que deben de conocerlo también los nativos?

—Es posible; pero no se atreven a atravesar la barrera de agua, por creer que aquí habitan los malos espíritus. Ven conmigo. Vas a conocer una remota civilización, algo que explica, en parte, el misterio de Itoko y que hace pensar en una Edad de Piedra africana, según sostienen no pocos científicos.

Robert Pellington, sin formular las numerosas preguntas que pugnaban por salir de sus labios, caminó detrás de su padre por una zona del valle en la que apenas si crecía maleza por hallarse cubierta de grandes piedras.

—¡Cuidado con los escorpiones! Los habrá a millares.

Siempre detrás de Jonás, bordeando a veces rocas que debían pesar varias toneladas, Robert llegó a una amplia explanada. Su estupor fué enorme al ver numerosas edificaciones, del tipo de la que habitaba el pretendido Hijo de la Luna, casi destrozadas por gruesos peñascos que, sin duda, debieron caer de lo alto de las montañas en mortífero e incontenible alud. Diseminados en todas direcciones, había objetos que llamaron la atención del joven: anillos de piedra, hachas y flechas de sílex...

—Un atardecer, vagabundeando por la montaña, vi a una cebra perseguida por un leopardo. Me extrañó que el animal se dirigiera al lago,

y se lanzara a él, no reapareciendo más. Extrañado, divertido también por el furor del mamífero carnicero, aguardé cerca de una hora hasta que el leopardo se alejó. Me disponía a marcharme yo también a revisar mis lazos, cuando vi con asombro que el agua se agitaba y que la cebra volvía a la montaña, luego de cerciorarse de que ningún peligro la amenazaba. Comprendí entonces que detrás de la barrera del lago se hallaba algún cráter como ése en que Itoko y el hechicero tienen instalado su campamento y, deseoso de encontrar un nuevo refugio, me lancé al agua, encontrando este lugar.

—¿Por qué no lo utilizaste como refugio, papá?

—Es peligroso. Los animales, de gran instinto, no viven aquí. Por eso el silencio es tan profundo. ¿No echaste de menos la algarabía que en toda África forman los pájaros y los monos?

—Sí.

—Sólo se percibe el murmullo del riachuelo que, luego de formar el lago, se precipita por las montañas. Varias veces vine atraído por no sé qué extraña fuerza, y nunca pude ver otra cosa que escorpiones.

Los dos hombres, sentándose sobre una roca, se miraron en silencio, con una sonrisa.

—¿Cuál es tu teoría, papá?

—¿Mi teoría? ¿Con respecto a qué?

—A la presencia de Itoko como rey de los negros.

—Carece de fundamento; pero me amparo en una leyenda muy popular en el sur de África. Se dice que en una época remota, antes de nuestra Era, un grupo de egipcios, integrado por varias familias, cayó en el enojo de un rey muy cruel y fué obligado a emigrar del norte de África. Las tribus, hostiles, los rechazaron de diversas regiones y así, tras no pocas vicisitudes y peligros, diezmados por las fiebres, las fieras y los indígenas, pudieron llegar a los montes Muchinga, no sin que su viaje durara varios años, ya que intentaron instalarse en Uganda y después en el Congo. De las once familias que iniciaron el éxodo sólo dos llegaron a conocer la paz en estas montañas. Los nativos, muy supersticiosos, les consideraron seres superiores, hijos de la luna, por la blancura de su piel, y ellos se erigieron en jefes; pero con una jefatura sin despotismos. Les enseñaron a cultivar la tierra, a formar cercados para el pastoreo, a construir casas, ya que los negros habitaban en chozas. Al parecer, nos hallamos en uno de los pueblos erigidos por los egipcios, quienes debieron abandonarlo después de un cataclismo producido, quizá por un temblor de tierras que originó el desplome de las moles rocosas que tenemos a nuestra vista. Tal vez sólo entonces escaparan unos pocos con vida y ellos son los ascendientes de Itoko, único superviviente del éxodo al que se refiere la leyenda, el cual ha recogido la parte negativa de la religión de sus mayores y, con el consejo del hechicero, aterroriza a los serejes. Los nativos vivieron hasta entonces

una plena Edad de Piedra africana, posterior a la del resto del mundo, debido a que en el interior de África se evoluciona poco y apenas si la civilización consigue abrirse paso, sin referirnos, claro está, a las grandes ciudades, algunas más modernas e higiénicas que no pocas poblaciones europeas. Bien, hijo. Dejemos eso y háblame de ti y de tu hermana. Me dolía morir sin veros; pero lo hubiese preferido a encontraros así.

—Vinimos en tu busca, papá. A rescatar tu cadáver. No teníamos la menor esperanza de que vivieras.

Los Pellington durante varias horas, se olvidaron de lo que les rodeaba refiriéndose sus mutuas aventuras,

—Estás muy desmejorado, papá.

—Sí. El cáncer es implacable. El médico de Londres se equivocó en la fecha. Eso es todo. Sin embargo, no creo que su error sea grande.

—¿Tienes dolores? —inquirió Robert.

—¿Dolores? —repuso, sorprendido, el mayor—. No. No he tenido tiempo de pensar en mi dolencia. El deseo de no caer en manos de los salvajes me dominaba y me domina.

—¿De qué te alimentas?

—De caza y de productos vegetales, en especial de frutas, algunas desconocidas para mí hasta ahora.

—¿Y si la fiebre procediera de paludismo? ¡No es una hipótesis descabellada!

—Gracias por los ánimos que me das, hijo. Han sido varios los médicos londinenses que coincidieron en el diagnóstico. ¡No tengo salvación! Hoy o mañana, dentro de una semana o un mes, moriré, si antes no acaban conmigo los indígenas. Creo que Dios me concederá tiempo para dejarte a ti y a tu hermana a salvo.

—¿Por qué no intentaste huir de estos montes? ¿Por qué viniste aquí?

Una triste sonrisa iluminó los labios del mayor.

—Voy a satisfacer tu curiosidad, hijo. Mi salud es tan precaria que no me considero capaz de, solo y sin víveres, atravesar cientos de millas por una selva infestada de tribus hostiles. Además, ¿para qué tomarme tanta molestia si mi fin está próximo? Da igual acabar aquí que en un hospital rodeado de enfermeras y entre miradas conmisericordias. ¡La compasión es algo que no resisto! Por esto último decidí venir a los montes Muchinga, con fama de sagrados entre los nativos. Antes de morir quería realizar la expedición que llevaba muchos años proyectando. Como no necesitaba guía, ya que me precio de conocer bien África, pude excitar la codicia de un grupo de negros y, previo pago de unos cientos de libras, para ellos casi la riqueza, inclinarles a venir conmigo a las montañas mágicas. Una noche, cuando montaba mi turno de guardia, nos atacaron los serejes. Las lanzas, aún no me explico por qué, me respetaron. Fui a disparar los revólveres y me di cuenta de que nada podía defender ya. Todos los porteadores yacían

muertos. Me interné en el bosque, sin ser advertido por mis enemigos, tal vez a causa de encontrarme al amparo de un grueso árbol.

El mayor Pellington hizo una pausa, sin duda evocadora de las trágicas horas en que anduvo por la selva hasta decidirse a llegar a los montes, donde podía encontrar refugio en cualquier caverna.

—La fiebre no me ha abandonado desde entonces. Hoy me encuentro algo mejor; pero no me hago ilusiones. Debe ser una sensación subjetiva por haberos encontrado a vosotros. Hace unos días creí morir al borde del cráter mientras se celebraba la ceremonia de la Lanza Sagrada.

—¿Lanza Sagrada?

Comprendiendo la extrañeza de su hijo, el mayor refirió los sucesos de los que fué testigo, así como todas las costumbres que había podido observar en los serejes.

Los dos hombres callaron y fué entonces por vez primera cuando Robert se dió cuenta de lo insoportable del silencio que les rodeaba.

—Después de atravesar los bosques africanos, cree uno estar sordo, papá. A no ser por el leve murmullo del agua, no podría permanecer aquí muchas horas.

—Comprendo lo que te ocurre. Ese es uno de los motivos por los que he preferido a éste mi refugio de las montañas.

—¿Hay más motivos?

—Sí. Las armas de fuego se inutilizan al entrar o salir a través del agua y el éxodo de los animales indica que el peligro subsiste.

—¿Qué peligro?

—Ignoro cuál. Tal vez el de nuevos desplomes de rocas. Mira a lo alto. Los farallones que bordean el valle constituyen un riesgo constante. Hay peñascos que se sostienen en inverosímil equilibrio.

—¿Tiene salida el valle?

—No. Va estrechándose hasta quedar obstruido por una gran pared, semejante a la que hay en el lago. Creo que el terremoto que produjo la destrucción del poblado cambió el curso del riachuelo. He inspeccionado los alrededores y, al parecer, la entrada, que hoy es necesario franquear sumergiéndose, estaba oculta por la cascada producida por el río al precipitarse desde lo alto. Quizá no existiese la hondonada, que recoge las aguas. Son frecuentes tales transformaciones geológicas.

—Quizá estés en lo cierto, padre. ¿Y Alicia? ¿Cómo la rescataremos?

—Tendrá que ser con un golpe de audacia, igual al que me ha permitido salvarte a ti. El futuro nos aconsejará lo que debemos hacer. ¿Tienes hambre?

—Sí, pero aquí no encontraremos alimentos. El silencio es indicador de que falta la caza.

—Existen muchos árboles frutales. Permaneceremos ocultos dos o tres días hasta que los indígenas, al no encontrarte, se convenzan de que has

conseguido burlarles y te diriges por el bosque hacia zonas civilizadas. Entonces será llegado el momento de actuar.

El mayor, poniéndose en pie, se internó entre los árboles inmediatos, seguido de Robert, quien dijo:

—No me extraña que los indígenas no vengan a este lugar. El silencio lo hace maldito.

Una mariposa, de grandes y multicolores alas, puso una nota de vida en el bosque al cruzar ante los Pellington quienes, deteniéndose, la siguieron con la vista.

—Observa cómo remonta el vuelo, Robert. Tampoco ella quiere permanecer en el Valle del Silencio. Me hubierais hecho feliz tu hermana y tú quedándoos en Londres. ¿Qué tal vuestros exámenes?

—Aprobamos los dos.

—Lo esperaba.

Un gesto de orgullo apareció en el rostro del militar, cuyos ojos se nublaron al pensar que Alicia se hallaba en poder de Itoko, condenada a la horrible suerte de compartir la vida de aquel hombre cruel para envejecer y morir entre salvajes. Robert, al observar la emoción de su padre inquirió:

—¿Piensas en ella?

—Sí. La salvaremos, hijo. Te lo prometo.

—Yo también me lo prometo a mí mismo.

Confortados con tal decisión, los dos hombres saciaron el apetito con jugosas frutas, invirtiendo parte de la tarde inspeccionando las ruinas de las casas.

—Pasaremos la noche dentro de uno de los edificios. El río produce una desagradable humedad.

Las casas, algunas no destruidas por completo, se hallaban junto a una de las paredes rocosas y hacia allí se encaminaron los dos hombres, quienes no llegaron a alcanzar su objetivo. Un rumor sordo primero y el movimiento de la tierra después, les convenció de que...

—¡Un terremoto, Robert! ¡Corramos!

Con horrísono estruendo, mientras el suelo se estremecía cual sacudido por una mano gigantesca, las grandes moles de piedra, sostenidas en difícil equilibrio en lo alto del valle, se precipitaron hacia el valle, amenazando sepultarlo todo. La muerte de los Pellington parecía irremediable.

CAPÍTULO VI

Celima, la hija de Lumy, el guerrero asesinado en la ceremonia de la Lanza Sagrada y al que siguió en tan triste fin su hijo Urundi, lloraba silenciosamente en el interior de la casa de piedra que sirvió siempre de alojamiento a la familia. Su madre había muerto años atrás, a consecuencia de la picadura de una víbora, y ahora ella se sentía muy sola.

El asesinato de los dos seres queridos en la ceremonia de la Lanza Sagrada llenaba de congoja el corazón de la joven. Las ideas de venganza habían huido de su cerebro. ¿Qué podía ella contra el poder de Itoko y del hechicero.

No terminó de formularse tal pensamiento cuando un ruido a su espalda la hizo volverse. Estuvo a punto de lanzar un grito de espanto al ver a Inongo en la entrada de la casa, contemplándola con fijeza. En los ojos del Gran Mago de la tribu de los serejes había una sonrisa extraña, una sonrisa cruel, de superioridad.

—¿Te molesto, Celima?

—¡Vete! ¡Esta es mi morada! ¡No la manches con tu presencia!

—¿No me ofreces hospitalidad? —inquirió él, irónico—. Te conviene no enemistarte conmigo.

La mujer irguió la cabeza con orgullo.

—¡No me das miedo! ¡Fuera de aquí!

Lejos de obedecer, Inongo penetró en la vivienda, situándose a pocos metros de la muchacha. Ésta, sin retroceder, con gesto sereno, dominados ya sus nervios, preguntó:

—¿Qué es lo que pretendes?

—Verte —repuso el hechicero, cínicamente—. ¿Te parece poco?

—Ya me has visto. ¡Vete o pido socorro!

La respuesta del Gran Mago de la tribu y el brillo de sus ojos bastaron para que Celima comprendiera que la amenazaba un peligro mayor que la muerte.

—¡No te servirá de nada! Los guerreros de la guardia no acudirán en tu ayuda. Me han visto entrar. Sus familias tampoco tendrán valor para hacerlo. Ellos se encargarán de impedirlo con sólo advertirles que yo estoy dentro.

La muchacha, sobreponiéndose al pánico que había vuelto a dominarla, crispó sus dedos en forma de garras, mientras encajaba la mandíbula en un gesto de suprema resolución.

—¿A qué has venido? No puedo imaginar que seas tan miserable como para...

—No soy un miserable. Si acaso... ¡el más fuerte! ¿Comprendes? Vengo

a pedirte que te cases conmigo. Contesta afirmativamente. No tienes otra salida.

—¿Y si me niego?

—Serás mía de peor modo... ¡Lo mismo da!

Hubo un largo silencio durante el cual el hombre y la mujer se observaron con diversas expresiones. En la mirada de él había maldad, lascivia. En la de ella pena aunque, dominando tal sentimiento, adivinábase un firme propósito de morir en defensa de su honor. Celima, consciente de su inferioridad física, suplicó:

—¡Vete, Inongo! No añadas una nueva maldad a las muchas que llevas cometidas. ¡Te lo ruego! Ya que me privaste de mi padre y de mi hermano...

Él la interrumpió con presteza.

—¡Yo no les maté! ¡Fué la Lanza Sagrada!

—La lanza la maneja el brazo de un hombre y tú eres el dueño de la voluntad de Itoko. Somos muchos los que imaginamos la verdad.

—¿Qué verdad?

El rostro del hechicero se había ensombrecido al formular la pregunta.

—La de que Itoko no es hijo de la luna ni posee especiales poderes; que el Libro Sagrado no tiene signo alguno en sus hojas y que os servís de la superstición para tiranizar al pueblo.

—¿Quiénes pensáis así?

Una sonrisa despectiva apareció en los labios de la joven.

—El hijo de la Luna y el Gran Mago deben conocer todos los secretos. Bajo la Lanza Sagrada pasaron hombres más peligrosos que mi padre y mi hermano, hombres que confían en acabar con vuestro despotismo. Como saben fingir, se salvaron. Ello les convenció de que tus poderes mágicos y los de Itoko son falsos. ¿Cómo imaginar que un prisionero huya sin que los dioses le fulminen? Eres un farsante, Inongo.

La pausa fué breve. La sensación de que se hallaba en peligro hizo que el hechicero olvidara cuáles eran sus propósitos al penetrar en la morada de Celima. Se rehízo. La providencial llegada de la mujer blanca robustecía el poder real. Era posible que algunos de los que aclamaban con entusiasmo al rey llevaran la traición en su pecho; pero no se atreverían a manifestar sus sentimientos hasta que consideraran llegada su oportunidad. ¡Y él se encargaría de que esa oportunidad no se presentara nunca!

—Me asombra saber que ni el castigo ejemplar ni la presencia de la Hija de la Luna han sido suficientes para inculcar en nuestros súbditos la plena obediencia. Procuraré no descuidarme en un futuro. Ahora, Celima, tienes que responderme a una pregunta.

—No hay contestación.

—La habrá y debe ser afirmativa o...

La diestra de Inongo se posó en el hombro de la mujer, quien retrocedió sin disimular el asco que experimentaba al sentir el contacto de su enemigo.

—¡No me toques!

—¿Accedes a unir tu vida a la mía? Serás la más poderosa de este territorio. Tendrás esclavas, riquezas...

Celima miró en derredor con la esperanza de encontrar algún arma para defenderse del hechicero. Sus ojos se posaron en una lanza que había a su izquierda, apoyada en una de las paredes laterales. Fué a dirigirse a tal lugar, pero Inongo le interceptó el paso.

—¡Contesta! ¡Te lo exijo!

La indígena, sintiendo en su corazón una fuerza extraña que dominaba todos sus temores, dijo:

—¡Me produces repugnancia, Inongo! Más que los cocodrilos que infestan las charcas, más que los reptiles. ¡Eres un ser despreciable, aborrecible!

—¡Serás mía! Ya que no accedes a convertirte en mi esposa te haré mi esclava, envileciéndote. ¡Pide auxilio, si quieres! ¡Grita! ¿Quién va a ser el loco que se enfrente a mí?

El hechicero, con un vigor incomprensible en un hombre de tan extrema delgadez, se acercó a la joven, aferrándola por la cintura. Celima, zafándose, pudo arañar el rostro de Inongo, el cual, con un rugido de furor, logró apresar de nuevo la femenina cintura. Ella, considerándose perdida, chilló histéricamente mientras el Gran Mago iba atrayéndola hacia él muy despacio, cual si se gozara en su terror...

* * *

Alicia Pellington, una vez que hubo cesado el ruido del tambor, cuyo mensaje no pudo descifrar, y de ver desde la ventana cómo varios grupos de guerreros abandonaban el cráter, quiso cerciorarse de si estaba o no en calidad de prisionera, para lo cual se dirigió a la salida de su residencia. Los guerreros de guardia la miraron y uno de ellos quiso interceptarle el camino. Alicia, con dignidad, apartó la lanza, cual si fuera un despreciable obstáculo, y anduvo lentamente hacia el centro de la gran explanada. Al sentir pasos a su espalda vió que era seguida por dos negros y no pudo dominar una sonrisa. De conocer el camino, de no estar segura de que apenas iniciara la fuga caería de nuevo en poder de los nativos, dos hombres no eran enemigos para sus armas de fuego, que aún pendían consoladoramente de su cintura.

La muchacha se extrañó al observar que el centinela que situaron ante la choza en la que se hallaba su hermano había desaparecido. Intrigada, temerosa de que se hubieran llevado de allí a Robert, tal vez para darle

muerte, desvió el curso de su paseo, acercándose a las casas de piedra. Un grito de mujer, grito de espanto, de indescriptible horror, la hizo detenerse.

Dejándose arrastrar por el impulso, sin meditar en las posibles consecuencias de sus actos, Alicia penetró en una de las residencias de piedra, quedando deslumbrada durante unos segundos por el brusco contraste entre la luz y las tinieblas. Un ruido de lucha la hizo mirar al fondo de la habitación y, en la penumbra, pudo ver a Inongo forcejeando con una indígena. Su instinto femenino la hizo adivinar lo que ocurría e intervino indignada, con la decisión de su juventud.

El hechicero, sorprendido, se desasíó de Celima, que corrió a protegerse detrás de la mujer blanca. El asombro de Inongo duró poco. Abandonando la choza, dijo unas palabras a los dos guerreros que habían seguido a la muchacha, ordenándoles que la condujeran de nuevo al palacio de Itoko y no la permitiesen abandonarlo más. Alicia, al comprender cuáles eran las intenciones del Gran Mago de los serejes, tomó de la mano a Celima y abandonó con ella la vivienda. El hechicero fué a acercarse a la indígena pero la hermana de Robert Pellington, decidida a impedir los siniestros propósitos de aquel hombre a cualquier costa, desenfundó el revólver, encañonándole. Inongo, conocedor de la eficacia de aquel arma, reprochándose no habérsela arrebatado después de la captura en el bosque, donde su lanza quedó partida en dos por un proyectil, vaciló unos segundos.

Alicia, no obstante, no se hacía ilusiones con respecto al futuro. Los guerreros de guardia en palacio iban aproximándose, rodeándola, obedientes a una orden de Itoko, que, asomado a una de las ventanas de su residencia, contemplaba la escena. Dentro de unos momentos no le quedaría otra solución que someterse a sus enemigos y dejar entregada a aquella nativa a su triste suerte o luchar por una causa que no era la suya. Su espíritu generoso se impuso. Aun a costa de su propia vida, impediría que la muchacha negra fuese víctima de la brutalidad del repulsivo Inongo.

Afirmó el revólver en su diestra y, como hiciera su hermano en el bosque, disparó una sola vez contra el indígena más próximo, quebrándole también el astil de la lanza, con lo que el avance de los guerreros se detuvo. Fué sólo por unos segundos. Itoko volvió a ordenar algo y los hombres de su escolta, fieles hasta la muerte, tornaron a aproximarse a Alicia mientras el hechicero y los dos negros que fueron en su seguimiento la vigilaban atentos, dispuestos a intervenir.

Alicia y Celima fueron retrocediendo, con el propósito de no dejarse rodear, hasta que sus espaldas tropezaron con las paredes de uno de los edificios de piedra. El dedo índice de la hija de Jonás Pellington se curvó en torno al gatillo, en la certeza de que no podría abatir más que a un

número reducido de enemigos, a tantos como proyectiles llenaban los tambores de sus armas. Después, sin tiempo a cargar de nuevo...

Fué a hacer fuego, cuando...

Un horrísono y prolongado estruendo precedió a un fuerte temblor de tierra. Las montañas parecieron vibrar y algunas rocas se precipitaron al fondo del cráter. Una de ellas cayó sobre un grupo de guerreros de la escolta del rey, produciendo una horrible mortandad.

Alicia Pellington, muy serena, enfundó el revólver y al observar que el pánico era general, se dispuso a huir, sin importarle que la muerte la asaltara en el camino. Una idea había cruzado su imaginación: la de que quizá, en un futuro inmediato, ella se encontrara a merced de Itoko de la misma forma que la indígena a la que había salvado de la maldad del hechicero.

Los negros corrían en todas direcciones con el afán de ponerse a salvo de las piedras que se precipitaban en el gran embudo de la montaña donde se hallaba la aldea de Itoko. Alicia hizo ademán de dirigirse a la casa en la que imaginaba hallábase su hermano. Celima, comprendiendo cuáles eran las intenciones de la mujer blanca, se lo impidió, señalando el túnel que enlazaba el cráter con el bosque. Tan expresivos eran los gestos de la indígena que a Alicia le fué fácil comprender que el ruido de tambores que había escuchado y la marcha de los grupos de guerreros obedecieron a la fuga de Robert.

El seísmo continuaba, con mayor intensidad. Aun en la certeza de que posiblemente caminaba hacia la muerte, Alicia corrió en dirección al subterráneo, siempre seguida por Celima. Al adentrarse en el pasadizo, un sentimiento de pánico la obligó a detenerse. El fragor allí era formidable, agigantado por el eco. ¿Y si se derrumbaba la bóveda de piedra sobre ella o la sepultaba en vida? ¡Todo era preferible a seguir cautiva!

Se estremeció al sentir que una mano oprimía la suya. Tan grande era su excitación que no reparó hasta entonces en Celima quien, situándose delante, hizo señas a Alicia para que la siguiera.

En tinieblas, ensordecidas por el terremoto, las dos mujeres avanzaron con rapidez, rumbo a su libertad. Muy despacio, fué restableciéndose el silencio, roto al instante por el ruido de los tambores con los que Itoko, el Hijo de la Luna, comunicaba a las tribus que debían capturar también a la mujer blanca...

* * *

La roca, de muchas toneladas de peso, una inmensa mole de granito, al caer sobre la laguna levantó una alta columna de agua desplazando abundante líquido. Los Pellington, protegidos en parte por un leve saliente de una de las paredes del valle, se miraron.

—Temo que ese peñasco haya obstruido la única salida de este lugar, Robert —dijo Jonás.

—No debe preocuparnos el futuro, padre. Es casi seguro que no escaparemos vivos del terremoto.

Las palabras del joven no eran pesimistas, sino reales. Una profunda grieta habíase abierto a pocos metros de ellos y los aludes continuaban. Pequeños fragmentos de una roca, deshecha en su caída al chocar contra otra, hirieron levemente al mayor en las mejillas. Nubes de polvo impedían a veces la visibilidad, lo que era preferible a contemplar cómo el bosque era devastado y cómo caían las piedras a centenares, de diversos tamaños, convertidas en peligrosísimos proyectiles.

—¿Qué habrá pasado en el cráter?

—Imposible saberlo, Robert. Es de presumir que si los indígenas abandonaron este poblado fué para no correr los mismos riesgos en la nueva aldea.

Los dos hombres hablaban en alta voz, a gritos, y aun así no conseguían entenderse con claridad, adivinando por las palabras que captaban el total de la frase.

Cesó el temblor de tierra, pero no por ello pudieron considerarse a salvo los Pellington. Desde lo alto del valle continuaba el desplome de rocas, algunas de las cuales rodaban muy cerca de los dos hombres o se empotraban en el suelo. Casi todas las ruinas de las edificaciones fueron sepultadas.

Al hacerse el silencio, Jonás y Robert creyeron haber quedado sordos.

—Nunca debe despreciarse el instinto de los animales —dijo el mayor—. Huyendo de un peligro hemos estado a punto de perecer en otro, inesperado y terrible. Veamos si es posible abandonar esta ratonera.

Jonás, antes de que su hijo pudiera impedirlo, se internó en el agua. No tuvo necesidad de bucear. La charca estaba casi vacía y el gran peñasco obstruía totalmente la salida.

—¡El arroyo ha desviado su curso!

—Sí. Ya no riega el valle. Lo había observado. Creo que nuestra situación es ahora más difícil que nunca. Si no encontramos salida... ¡Mira lo que queda del bosque! Tardarán años en reproducirse los árboles, en superar las toneladas de piedras que han caído encima de ellos. Va a sernos difícil encontrar frutas y en cuanto al agua... La del arroyo era la única que surcaba del valle.

Las palabras del mayor eran broncas. Su hijo, con una sonrisa, contestó, sin convicción, con el exclusivo deseo de animarle:

—Dios no habrá permitido que nos salvemos para condenarnos a una muerte horrible, de hambre y de sed.

—Confiemos en su misericordia. No perdamos el tiempo. Remontemos el valle aprovechando las últimas horas de la tarde.

Los dos hombres caminaron despacio, viéndose obligados a bordear los grandes peñascos que les obstruían el paso y en no pocas ocasiones a trepar por ellos, con grave riesgo de recibir las picaduras de los numerosos escorpiones a los que el seísmo sacó de sus madrigueras.

El avance fué tan lento que antes de que llegaran al final del valle, al embudo ya conocido por el mayor Pellington, las sombras envolvieron a Robert y a Jonás, tras un breve crepúsculo, apenas advertido. La luna aún no iluminaba la tierra con sus plateados resplandores.

—Es peligroso seguir caminando. Podemos caer en una grieta. ¿No te parece, Robert?

—Sí, padre. Quedémonos aquí.

Acomodados sobre una roca, los dos hombres guardaron silencio, roto por la voz de Jonás Pellington:

—Daría la vida por tener un segundo a Alicia a mi lado.

—¡La salvaremos!

Una triste sonrisa iluminó el rostro del mayor. Estaba seguro de que no existía otro paso a la montaña que el que acababa de obstruir el peñasco en la laguna. Estaban destinados a morir en el Valle del Silencio, que habíase transformado en el Valle de la Muerte.

—Hagamos por dormir, Robert, sin esperar a que surja la luna. Conviene que descansemos para mañana, con la luz del sol, luchar por nuestras vidas.

El joven asintió en silencio, Colocándose a la izquierda de Jonás, apoyó la espalda en un saliente de la roca. No pudo conciliar el sueño. Le dominaba una profunda inquietud al pensar en su hermana. ¿Qué habría ocurrido en el cráter? Al oír moverse a su padre, con nerviosismo y desasosiego, preguntó:

—¿Tú tampoco consigues dormir?

—No, Robert. Mentiría si te ocultara que nuestra situación es desesperada...

CAPÍTULO VII

Las dos mujeres, habían alcanzado la selva, no sin algunas erosiones en las manos y en el rostro, producidas al chocar contra las paredes laterales del túnel en su precipitada huida, pero ahora no sabían qué dirección seguir. Fué Celima la que, conocedora del terreno, hizo señas a Alicia, internándose entre los árboles. La hija del mayor Jonás Pellington no vaciló. Era indudable que la negra le profesaba gratitud por haberla salvado de Inongo y que, al ayudarla, se ayudaba a sí misma para no caer en manos de quienes no vacilarían en entregarla de nuevo al hechicero.

Tales reflexiones se las formuló Alicia mientras se adentraba en la espesura detrás de Celima, quien volvía frecuentemente para comprobar si la que intervino a su favor en el cráter podía mantener aquel ritmo de marcha. Ambas se alejaban de la montaña, espoleadas en su fuga por el tronar de los tambores, cuyo sonido parecía agigantarse en el aire.

—¿Dónde me llevas? —inquirió Alicia, sin recordar que la indígena no podía entenderla.

No obtuvo respuesta. Corrieron más y más, y cuando la fatiga dominaba a la hermana de Robert, Celima, deteniéndose, comenzó a caminar de espaldas, borrando las huellas con una gran hoja de banano. Después de cerca de una hora de lento caminar, ya casi de noche, la negra señaló un gigantesco roble, haciendo señas a Alicia para que trepara por el tronco y se ocultase entre las ramas altas,

—¿Y tú?

Con ojos en los que brillaba la inteligencia, la indígena tornó a señalar el árbol y, no sin esfuerzo, logró hacerse comprender de Alicia en el sentido de que ella no tardaría en reunírsele.

La mujer blanca, deseosa de no obstaculizar los proyectos de Celima, hizo lo que se le indicaba. Conforme ascendía por entre la tupida vegetación del roble, sin gran esfuerzo merced a las lianas que rodeaban el tronco, llevó su diestra a uno de los revólveres. Los árboles eran los refugios preferidos por las serpientes. La idea de que un disparo orientaría a los negros, la hizo separar la mano del arma de fuego y situarla en el cuchillo de monte que pendía de su cintura. ¿Tendría ella valor para hacer frente a un ofidio, quizá de especie venenosa, sin más ayuda que el acero? Por fortuna, no se le presentó ningún peligro y pudo situarse en un lugar en el que las ramas formaban una amplia plataforma. Esperó y la espera fué angustiosa, por lo larga. ¿Y si Celima se hubiera desorientado en el bosque, no encontrando el camino de regreso al árbol? Desechó la idea. La indígena era capaz de seguir sus propias huellas.

La tarde languidecía. Alicia no ignoraba que el crepúsculo era casi

inexistente en aquellos parajes.

¿Cómo hallar a su hermano, sin atraer su atención con disparos? Resultaba casi imposible que la casualidad les uniera de nuevo. ¿Por qué confiaron en poder compartir siempre las aventuras de la búsqueda de su padre y mientras eran conducidos al cráter no concertaron un lugar de reunión por si el destino les separaba? ¿Qué lugar? Un único punto: el cementerio de elefantes.

Una sensación de júbilo inundó el alma de Alicia. Quizá Robert se hiciera el mismo razonamiento. ¿Por qué no? ¿Sabría llegar ella hasta el lugar elegido por los paquidermos para dormir su último sueño? La incógnita tornó a desasosegarla. Tal vez Celima...

Celima... ¿Dónde estaría la nativa? ¿Y si la hubiesen capturado los guerreros de Inongo?

Un leve roce debajo del árbol hizo mirar a Alicia entre las hojas, sin distinguir nada. Desde el lugar en que se encontraba no era visible la tierra. ¿Y si se tratara de algún negro que hubiera descubierto huellas al pie del gigantesco roble? Con un gesto de resolución, la hermana de Robert empuñó uno de los revólveres, disponiéndose a morir matando antes que caer de nuevo en manos de los hombres de Itoko.



¡Uy, si algún negro hubiera descubierto sus huellas!

Alguien trepaba, muy despacio, como con cautela. ¿Por qué Celima iba a adoptar tales precauciones? La idea de un peligro inminente hizo estremecer a la que, tensos los nervios, con el cañón del arma apuntando a sus pies, respiró con alivio al divisar el bello rostro de la indígena en vez del fiero semblante de uno de los guerreros de Itoko. La indígena llevaba a la espalda un amplio fardo, construido con hojas de bananos entrelazadas, y de su interior extrajo frutas diversas, algunas desconocidas para ella, y varios cocos.

Mientras Alicia colocaba tales alimentos en la plataforma, Celima tornó a descender para subir de nuevo con plátanos y más cocos. En el rostro de la negra, un rostro bello, de proporcionadas facciones, hubo una sonrisa de triunfo que fué comprendida por la hermana de Robert. Con aquellos alimentos no tendrían necesidad de abandonar el roble en una semana, tiempo más que suficiente para que sus enemigos desistieran de encontrarlas.

La noche se precipitó con rapidez sobre la selva. Alicia y Celima se tendieron sobre las ramas del árbol, no tardando en conciliar el sueño. Estaban rendidas de fatiga y se sabían a salvo...

* * *

Jonás Pellington fué el primero en despertar. Viendo a su hijo dormido, le invadió un sentimiento de ternura. ¡Estaba orgulloso de él! ¡También de Alicia! Los dos muchachos no habían vacilado en arriesgar sus vidas por ir en su ayuda o a rescatar su cadáver, teniendo así la certeza de su muerte.

Aún no había amanecido. Cuando el corazón dejó de imperar sobre el cerebro, el mayor observó, con gozo, que no le dominaba la fiebre. Aunque agotado por la debilidad de su organismo, por la tensión nerviosa y por la fuga del cráter, sentíase más fuerte. Tal vez, se dijo, las horas de descanso contribuían a tal sensación. Era posible.

Se apartó de Robert muy despacio, para no despertarle, y anduvo por el valle que, iluminado por la luna, ofrecía un fantástico aspecto. Las ruinas de las casas de piedra, los árboles tronchados, las grietas del suelo evocaban un paisaje de pesadilla. ¿Por dónde escapar de aquel cementerio?

Las paredes rocosas, de más de trescientos metros de altura, eran inaccesibles. Los continuos desprendimientos de rocas limaron las superficies, eliminando las rugosidades.

Jonás, no sin precauciones, remontó el valle hasta que una gran mole de piedra, agrietada, le impidió el paso. Nada había variado geológicamente, excepto la desviación del arroyo.

Con la noche en el alma, sin advertir que las primeras luces del crepúsculo matutino empezaban a rodearle, el mayor retrocedió hasta llegar de nuevo junto a su hijo, convencido de que se hallaban en una tumba. Preocupado, no se cuidó de silenciar los pasos, lo que hizo despertar al joven.

—Hola, papá. Veo que madrugaste más que yo.

—Me levanté cuando aún no había amanecido, preguntándome cómo abandonar esta ratonera.

—¿Encontraste la solución?

—No; no hay salida. Llegué hasta el final del valle y... Empiezo a tener

sed y hambre.

—Yo también —repuso, desalentado, Robert—. Tal vez podamos hallar algunas frutas entre las rocas, aunque sea convertidas en papilla. En lo que resta de la charca saciaremos nuestra sed.

—Por poco tiempo. El sol evaporará rápidamente el agua, si antes no la absorbe la tierra.

Como el joven indicara, pudieron encontrar algo con que satisfacer el apetito. Luego de beber, Robert, que no quería darse por vencido en la lucha por la existencia, se separó de su padre y, muy despacio, examinando el terreno, llegó hasta el final del valle. La gran mole rocosa, que taponaba la salida le desalentó, pero al ver las grietas, una idea esperanzadora le hizo aproximarse al peñasco. Quizá las fisuras... Lanzó un grito de alegría al mirar a través de una de ellas y ver luz al otro extremo. Si hubiera alguna tan ancha como para permitir el paso de un hombre... No la encontró. Sin embargo...

Las grietas eran sinuosas, ofreciendo numerosos puntos de apoyo para manos y pies. Sí, lo intentaría. Era aquél el único camino.

Mientras trepaba, con dificultades pero sin excesivos riesgos, merced a que la hendedura se ensanchaba más conforme ascendía, el joven pensaba en la sorpresa de su padre cuando le viera fuera del valle.

Cuando pudo encajar el cuerpo en la grieta, menudeó los descansos y al desaparecer el peligro tuvo de nuevo fe en el futuro. Minutos más tarde, se hallaba en la parte superior del valle y anduvo hasta colocarse sobre la antigua laguna. Jonás estaba sentado sobre un peñasco, en actitud meditativa. Su sobresalto fué grande al oír un chapoteo a su derecha, producido por una pequeña piedra. ¿Un nuevo terremoto? Alzó la vista y de su garganta brotó un grito de júbilo al ver, haciéndole señas con ambas manos, a su hijo.

—¡Robert!

El joven le indicó que remontara el valle y luego, con una gruesa liana en la diestra, a modo de cuerda, descendió algo por la fisura, ayudando a subir a su padre. Al hallarse a salvo, fuera de aquel horrible lugar, los dos hombres se abrazaron. Jonás fué el primero en pensar que...

—El peligro aún subsiste. Los indígenas recorren el bosque y la montaña. Sólo estaremos a salvo en mi cabaña; pero hasta llegar a ella es preciso recorrer una larga distancia. Ocultémonos entre la vegetación en espera de que se haga de nuevo de noche. Los serejes temen a las tinieblas y a la luna, a la que conceden poderes sobrenaturales.

No tardaron en encontrar una zona, inmediata al arroyo cuyo curso fué desviado por el terremoto, en la que crecían grandes juncuales. Tras convencerse de que ningún reptil se cobijaba en ellos, se situaron al amparo de las plantas, de tallos lisos, flexibles y puntiagudos, y en un diálogo evocador del pasado, de la vida en Inglaterra, con un recuerdo casi

constante hacia Alicia, dejaron transcurrir las horas, lentas, inacabables. En dos ocasiones vieron grupos de negros pasar a escasa distancia de donde se hallaban, ignorantes de que el hombre al que perseguían estaba al alcance de sus manos. Hablaban excitados, comentando algo con grandes ademanes.

—¿Qué les sucederá? —inquirió Jonás, en tono de voz que era un susurro—. ¡Sería admirable que decidieran rebelarse contra el despotismo de Itoko y del hechicero!

—No se atreverán. Ya lo hubieran hecho para no someterse a la bárbara ceremonia de la Lanza Sagrada.

—¡Si pudiéramos oír lo que dicen! —exclamó el mayor.

—¿Tú entiendes su lengua, padre?

—En parte. Hablan una mezcla de varios dialectos bantúes, algunos de los cuales conozco. Quizá mereciera la pena aproximarse a una de las aldeas y escuchar lo que en ellas se habla.

—Lo haremos cuando dejen de buscarnos.

—De buscarte, Robert. Ignoran mi presencia en la montaña. No tardará en anochecer. ¡La inactividad es insoportable sabiendo a Alicia en poder de esos miserables!...

En las palabras de Jonás Pellington vibraba la furia de la impotencia.

* * *

El hidro se posó con suavidad en las aguas del Lago Nyasa, cerca de otro aparato, abandonado al parecer, y que, sujeto a los árboles de la orilla con gruesas cuerdas, se balanceaba lentamente, de forma casi imperceptible.

—Es el aparato que utilizaron Alicia y Robert —exclamó un capitán del Ejército inglés mientras subía con varios soldados a una lancha de goma para dirigirse a la orilla—. El gobernador me lo describió atetes de que abandonáramos Kenia.

Un sargento de las tropas coloniales británicas, al que iban dirigidas tales palabras, repuso:

—No abrigo grandes esperanzas de éxito, señor. Conozco bien el territorio, y las supersticiones de los indígenas siempre tienen algún fundamento. Si los montes Muchinga son considerados mágicos es porque nadie que se aproximó a ellos escapó con vida.

—¡Nosotros, sí. Somos, contándonos usted y yo, veintisiete hombres provistos de metralletas y granadas de mano. Avanzaremos por la selva de forma que los indígenas no puedan sorprendernos a traición. En tal sentido seguiré sus indicaciones. ¿Lleva muchos años en África, sargento?

—Quince. No deseo abandonar unas tierras a las que vine de soldado y en las que espero morir. El Continente Negro me atrae. Concibo que el

mayor Pellington no se resignara a vivir en Londres.

Los dos hombres llegaron a la orilla y el bote neumático regresó al hidro para que desembarcaran los restantes militares quienes portaban fardos de provisiones.

—Lamento que ningún negro haya querido acompañarnos, sargento. Me hubiera gustado aliviar a sus hombres del peso de la impedimenta.

—No se preocupe. Son gente seleccionada por mí, resistente a la fatiga.

El capitán Andrew Tilling, mientras el hidro era desalojado, pensaba en Alicia Pellington. ¡Nunca debió emprender tal aventura! Cuando la encontrara, le reprocharía su temeridad y... Una sonrisa triste apareció en los labios del oficial. ¿La hallaría viva?

—¡Se ha efectuado la descarga, señor. El piloto pregunta si regresa o si espera en el lago.

—Que vuelva a su base. Le avisaremos utilizando la emisora de onda corta que llevamos.

—A la orden, mi capitán. ¿Emprendemos la marcha?

—Sí. Pondremos rumbo al último campamento de Jonás Pellington. Ese es el camino que siguieron mi prometida y su hermano.

En fila india, el capitán Tilling en cabeza, junto al sargento, y dos cabos a retaguardia, sin carga alguna, con las metralletas dispuestas, los militares iniciaron la marcha hacia los montes sagrados, hacia un lugar del que hasta entonces ninguna expedición regresó con vida.

Conforme avanzaban por el bosque, Andrew Tilling dedicó un recuerdo de gratitud al gobernador británico en Nairobi, quien puso a su disposición parte de las fuerzas destinadas a la defensa del territorio para que buscara a los Pellington y también con el propósito de imponerse, si era necesario, a las tribus del interior, belicosas y enemigas de los blancos. Aún recordaba las últimas palabras de la máxima autoridad de Kenia:

—No le importe utilizar las granadas de mano y las metralletas contra los indígenas de los montes Muchinga y de los bosques de los alrededores. Han producido muchas víctimas e impiden que la civilización progrese por tales territorios. Las bombas y las armas automáticas le dan a usted una extraordinaria superioridad. Aprovechéla y si puede reducir a la obediencia a los jefes de tribus prestará un gran servicio a su patria a la par que busca a su prometida. No olvide que va a correr grandes riesgos. Mucha suerte.

¿Grandes riesgos? Para Tilling, desconocedor de la vida en África, la primera jornada fué un grato paseo. ¿Dónde se hallaban las terribles fieras? El sargento respondió a tal pregunta:

—Huyen del hombre a no ser que puedan atacarle a traición o amparadas en las sombras de la noche. Está usted padeciendo, capitán, la falsa sensación de seguridad que produce África a quienes no han vivido en este país. ¡Deténgase!

El sargento distraído mientras conversaba, murmurando al oficial había dejado de examinar el suelo, cubierto de una leve hierba, de poca altura. Una leve sonrisa de Tilling le hizo comprender que éste se burlaba íntimamente de sus palabras.

—¿Por qué hemos de pararnos? No hay maleza para que se escondan reptiles y...

—¡Mire, capitán! ¡Un paso más y hubiéramos...!

El que hablaba no terminó la frase. Tomando una gruesa rama de un árbol, sin duda desgajada del tronco por algún rayo en una tormenta, la arrojó a unos metros de distancia. De forma increíble, el suelo, que parecía firme, hirvió en burbujas y en unos segundos no quedó nada del madero.

—¡Arenas movedizas! —exclamó Andrew Tilling, sintiendo una extraña sequedad en la garganta.

—Sí. La hierba les da apariencia de tierra firme.

La sonrisa se había borrado de los labios del capitán quien, a partir de entonces, no tuvo tan benigno juicio sobre el territorio africano...

CAPÍTULO VIII

—Es un buen refugio el que elegiste, padre.

—Sí. No creo que los indígenas conozcan esta caverna. Aunque sepan su emplazamiento no se atreverán a atravesar la barrera de vegetación que la separa del exterior. ¡Tienen un miedo terrible a los reptiles!

Un gesto admirativo apareció en el rostro de Robert.

—¿Tú, no?

—También; pero sé que huyen de la presencia del hombre y no atacan más que en defensa propia. Te habrás dado cuenta que produzco ruido antes de internarme en la maleza. Ello basta para que el camino quede expedito.

Padre e hijo se miraron, como tantas otras veces, sin cansarse de la mutua contemplación. Llevaban tanto tiempo separados que el hallarse juntos les producía un sentimiento de gozo. La débil llama de la lamparilla alimentada con grasa desfiguraba las facciones, al proyectar sobre ellas sombras y resplandores amarillos o rojizos.

—¿Crees que tardarán mucho en desistir de mi captura?

—Lo ignoro. Sin embargo... ¡Mañana por la noche iremos a rescatar a Alicia! ¿Era eso lo que ibas a sugerirme?

—¡Sí, padre! ¡No puedo resistir la inactividad!

—Yo tampoco. ¡No supongas, porque me veas sereno en apariencia, que mi corazón no sufre con la idea de saber a mi hija en manos de esos miserables! La luna sale muy tarde y aprovecharemos la oscuridad para llegar al palacio de Itoko. Mientras tanto, hay que esperar.

En las tres últimas palabras del mayor había un tono de desesperación que no pasó inadvertido para el joven.

—Alicia es valerosa y sabe defenderse —dijo Robert, con el deseo de tranquilizar a su padre—. Si la desean para esposa de Itoko no la molestarán, al menos hasta después de la ceremonia.

—Confío que suceda así.

El silencio fué largo. Un tambor comenzó a sonar en la distancia, provocando un comentario de Jonás.

—¡Otra vez vuelven con sus mensajes! Hay algo extraño en el ambiente, algo de más importancia que tu fuga. ¡He de averiguar lo que es!

—¿Cómo?

—Falta poco para que anochezca. Me acercaré a un poblado indígena. Tal vez escuche conversaciones que me aclaren el misterio.

—Iré contigo.

Jonás fué a oponerse; pero no lo hizo, comprendiendo que no iba a ser

obedecido.

—De acuerdo.

Poco más tarde, los Pellington abandonaban la caverna, no sin que antes Jonás advirtiera a su hijo:

—Olvídate de que llevas revólveres mientras no me veas disparar a mí. ¡Es muy importante!

—¡Recordaré tu advertencia, papá. No te preocupes.

Anduvieron por los montes, a través de zonas rocosas, desérticas, y de pequeños bosques de las altiplanicies, deteniéndose en una ocasión para dejar paso a una pareja de leopardos, que no les olfatearon merced a la favorable dirección del aire. La noche era muy cálida, cargada en parte de electricidad. Pese a que el cielo estaba despejado, Pellington murmuró:

—No tardará en desencadenarse una tempestad.

—¿Ahora? —inquirió Robert con extrañeza, viendo brillar las estrellas—. No sopla la menor brisa que pueda traer nubes hasta nosotros.

—Tienes razón. Sin embargo, este bochorno no presagia nada bueno. Nos hallamos cerca del poblado más importante. Imítame en todo.

Encorvado, el mayor avanzó muy despacio hasta bordear un monte de afiladas crestas. Una leve claridad fué denunciando hogueras que, al fin, fueron vistas por los dos hombres. En una llanura, por el centro de la cual se deslizaba un arroyo, alzábanse numerosas chozas cónicas construidas con barro y ramajes, a la usanza de las utilizadas por los negros karamojos. De tan primitivas construcciones destacaba una cabaña construida totalmente de piedra, a imitación de la que en el cráter habitaba Itoko.

La organización de las tribus serejes es casi igual a la de los blancos. Los gobernadores civiles designan alcaldes y los ministros a los gobernadores. Aquí, el presunto Hijo de la Luna nombra a sus delegados, quienes rigen las tribus con plena autoridad, no dependiendo más que de Itoko y del hechicero. Poseen su grupo de guerreros de confianza y administran justicia. La jerarquía es algo que preocupa mucho a los indígenas. De ahí que los representantes del rey habiten en casas de piedra. Todo esto lo heredaron de los primitivos egipcios, llegados aquí en el éxodo al que se refiere la leyenda.

En el centro del pueblo crepitaban varias hogueras y en torno a ellas había numerosos nativos. Aunque los Pellington se aproximaron, hasta situarse detrás de las chozas, no podían oír lo que los hombres hablaban.

—¡No hay posibilidad de acercarse! —murmuró el mayor—. ¡Mira, Robert! El grupo se dispersa precipitadamente.

—Acaba de salir un hombre de la casa de piedra.

—Sí. Debe de ser el jefe y ello confirma mis sospechas. Hay algo que falla en el régimen de Itoko y que quizá dé origen a una sublevación de los negros contra su tiranía. ¡Retirémonos antes de ser descubiertos!

Los Pellington, que se hallaban tumbados en el suelo, se incorporaron

para alejarse y en ese instante tres indígenas, que regresaban sin duda a la aldea de alguna exploración por las montañas, cayeron sobre ellos, con las lanzas en alto. Por fortuna, los negros, quizá sorprendidos, no lanzaron ningún grito de alarma, seguros de acabar con sus enemigos. Robert, con agilidad propia de un deportista y valor rayano en la temeridad, esperó a que una lanza estuviera a escasos centímetros de su pecho, y, aferrándola del astil, casi en la punta, la desvió y atrajo hacia él, con ímpetu irresistible, al que la esgrimía. Casi en el acto, su rodilla se alzó para golpear al sereje en el bajo vientre, con tanta fuerza que el nativo cayó al suelo sin conocimiento. El joven se volvió rápido. Lo hizo a tiempo. La punta de piedra de una segunda lanza avanzaba hacia él con rapidez. Convencido de que no podría detener el golpe, se arrojó a tierra con el afán de hurtar el cuerpo al golpe, que imaginaba mortal. Tuvo suerte de que el indígena hubiera tomado su pecho como blanco y no el vientre pues la lanza pasó rozando su cabeza, alta por unos milímetros. El negro, seguro del éxito, había tomado tal impulso que al no encontrar punto de apoyo en la carne de su rival perdió el equilibrio, cayendo al suelo, muy cerca de Robert; éste, sin incorporarse, aferró al indígena por la garganta para impedirle que gritara mientras se preguntaba cómo le iría a su padre con el tercer enemigo. No tuvo tiempo de responderse. El sereje, muy corpulento, se había zafado de la presa y sin pedir auxilio, signo evidente de que confiaba en su fortaleza física se puso en pie al propio tiempo que Robert, iniciando un mortal cuerpo a cuerpo en el que el blanco parecía iba a llevar la peor parte. Los músculos del negro brillaban al leve resplandor de las estrellas y al más lejano de las hogueras.

Una vez más, la vida iba a demostrar que la habilidad superara siempre al ciego impulso, a la simple fuerza. El joven Pellington permitió que su antagonista le rodeara la cintura con ambos brazos, y, no sin repugnancia, acercó su cara a la del nativo, de forma que las mejillas se unieran, y entonces, con sus dedos índices y pulgares oprimió la nuca de su antagonista. El indígena, al sentir un dolor insoportable quiso retirar la cabeza pero ya era tarde. La presión ejercida, por Robert le privó del conocimiento en unos segundos.

Con un suspiro de alivio miró en derredor, descubriendo a su padre en feroz lucha con el tercer negro. Sobraban las contemplaciones y de un culatazo, propinado por la espalda, acabó con la resistencia del nativo.

—Gracias, hijo. Alejémonos de aquí antes de que sea tarde.

—Llevémonos a uno de estos hombres para interrogarle. Yo cargaré con él. Necesitamos saber cuál es la situación política de Itoko y, sobre todo, qué intenciones tienen el rey y el hechicero con respecto a nuestra hermana.

—Ocultemos antes a sus dos compañeros para que no sean descubiertos.

—No es necesario. Los moradores del pueblo acaban de retirarse a sus casas y únicamente quedan dos hombres de guardia junto al delegado de Itoko. Igual que en el cráter, a estos hombres sólo les preocupan las vidas de sus jefes. Tienen la certeza de que nadie atacará el campamento, pues es imposible atravesar la selva sin ser descubiertos por sus espías o por las tribus que, sin someterse por completo a los serejes, no son atacadas por éstos, que les consideran sus colaboradores al contribuir a la defensa de las montañas. ¡Vamos! Hemos de caminar por las rocas, eludiendo las zonas de vegetación, a fin de que no encuentren nuestras huellas.

El joven echó sobre su espalda al guerrero negro, luego de arrebatarse la lanza y un puñal de piedra, muy afilado, que llevaba a la cintura, armas que entregó a su padre, y anduvo detrás del mayor sin que durante el largo trayecto hasta la caverna se produjere la alarma.

—¿Crees posible que hayan tardado tanto en recobrar el conocimiento los dos indígenas a los que abandonamos cerca del poblado?

—Juzga por el que traemos, padre. Yo pegué muy fuerte.

—Tienes razón.

Entraron en la gruta y aún hubieron de esperar más de quince minutos a que el sereje despertara. El terror del negro fué grande al verse a merced de dos hombres blancos, en una caverna iluminada sólo por una débil luz. El mayor, conocedor de la psicología de los indígenas, se sentó frente a su prisionero y le dijo, en dialecto bantú, muy despacio para que sus palabras fuesen entendidas:

—Somos enemigos de Itoko y del hechicero. No queremos hacerte ningún mal. Si acaso, ayudar a los que deseen librarse del yugo de los tiranos. ¿Qué sucede? Los tambores han sonado casi sin interrupción, unos procedentes de la selva y otros de las montañas.

—¡La mujer blanca ha huido!

Aunque Robert no comprendió la respuesta, por la contracción del rostro de su padre pudo adivinar que el negro acababa de comunicarle alguna noticia extraordinaria.

—¿Qué ha dicho? —inquirió con impaciencia.

Pero el deseo de saber de Jonás era tan grande que, sin contestar a su hijo, encaróse con el nativo.

—¿Estás seguro de lo que afirmas? ¿Cómo sucedió ello? ¿No mentirás?

—Digo la verdad. Durante el terremoto, aprovechando la confusión, pudo escapar con la ayuda de Celima, la sereje resentida porque la Lanza Sagrada mató a su padre y a su hermano.

—¿Hacia dónde se dirigió?

—Se ignora. Las últimas huellas se encontraron en el bosque. Esa mujer, al escaparse, ha revelado a los indígenas que es una prisionera y no una enviada por la luna para que Itoko perpetúe en ella su nombre, en una numerosa descendencia. De nuevo, nos preguntamos en las tribus si no

estamos viendo objeto de una tiranía con el engaño de falsa divinidad. No son pocos los delegados de Itoko en las aldeas que han llegado también a esa conclusión. El miedo nos mantiene a todos inmóviles. ¡Tememos a las armas envenenadas!

—¿Por qué no envenenáis las vuestras para lanzaros al ataque?

—La ley nos prohíbe...

—¿Qué pasa, padre?

La pregunta del joven interrumpió al indígena. Jonás, comprendiendo la inquietud y la ansiedad de su hijo, en breves palabras le comunicó lo sucedido. La alegría de Robert dejó paso en unos segundos a la más honda preocupación.

—Creo que ahora corre mayor peligro que en poder de Itoko —opinó—. Ella no posee planos ni brújula. ¿Cómo va a orientarse en el bosque? ¿Cómo va a sobrevivir rodeada de peligros, de crueles negros? Ya te conté el triste fin de nuestros porteadores.

—Lo recuerdo, Robert. ¡Tenemos que encontrarla! ¡En el bosque o donde sea!

—Será difícil. Es casi imposible.

—Lo sé; pero no nos queda otro remedio que intentarlo. Este hombre ha dicho la verdad. ¿Qué hacemos con él, hijo? Nuestra conciencia nos prohíbe matarlo, la mejor medida para asegurarnos su silencio. Si le libertamos, no podremos utilizar más este refugio.

Los dos hombres guardaron silencio. Robert fué el primero en decir:

—No hay otro recurso que dejarle en libertad... o llevarle con nosotros.

—Prefiero soltarle. En cualquier momento puede delatarnos con un grito. No deseo tener otra preocupación que la de encontrar a Alicia. Intentaré pactar con él, arrancarle la promesa de que le respeto la vida a cambio de su silencio, aunque sin confianza de que cumpla su compromiso. Su ausencia puede justificarla diciendo que corrió en nuestra persecución, perdiendo el rastro.

El mayor repitió tales palabras al indígena, quien se puso en pie, sin dar crédito a lo que oía. En su mentalidad primitiva, cruel, no se explicaba que le respetaran la vida. Robert vió cómo, de pronto, el negro elevaba la mano llevando la palma a sus labios, a la par que pronunciaba unas frases.

—¿Qué hace ahora, padre?

—Jura por la diosa luna que nos guardará eterna gratitud y no descubrirá nuestro refugio.

—Ya es algo —ironizó el joven.

Cuando el indígena hubo salido de la caverna, los Pellington, abandonando todo lo que Jonás había acumulado allí durante su permanencia en los montes Muchinga, en especial reservas de grasa y mechas para la pequeña lámpara, alcanzaron también el exterior. La luna aún no había salido. La temperatura continuaba siendo bochornosa y no

soplaba brisa alguna.

—Vamos hacia el bosque, hijo, y que Dios guíe nuestros pasos...

* * *

Le costó trabajo a Alicia Pellington hacerse entender por Celima, consiguiéndolo sólo al ver cruzar un elefante y, con gran mímica, cerrar los ojos, tendiéndose en el suelo. Grande fué la alegría de la hermana de Robert Pellington al observar que la indígena daba muestras de comprenderla y señalada al interior del bosque.

—¡Vamos para allá! ¡Vamos!

La mujer negra, encogiéndose de hombros en claro signo de incomprensión, se dispuso a acceder a los deseos de la que le había salvado del poder de Inongo. Se internaron en la espesura, no sin precauciones, deteniéndose de vez en vez para escuchar. Cuando la noche se abatió sobre el bosque, Celima, deteniéndose, señaló uno de los árboles inmediatos, y como Alicia insistiera en continuar, ella negó una y otra vez con el gesto. El rugido próximo de un león hizo comprender a la muchacha blanca lo peligroso de caminar entre tinieblas, en las horas propicias a los animales carnívoros.

Al acomodarse en la cruceta de dos ramas, Alicia se estremeció al pensar que su hermano, en el supuesto, muy probable, de que fuera conocedor de su fuga, partiera rumbo a zonas civilizadas en la certeza de que ella habría seguido el mismo camino. Si, por el contrario, la imaginaba aún en poder de Itoko, ¿a qué dirigirse hacia el cementerio? Se reprochó sus pensamientos, Robert no la abandonaría. Por vez primera se dijo que obró mal huyendo. Era posible que su hermano, al intentar salvarla, cayese en poder de Itoko, de un Itoko enfurecido, cruel. Al no encontrarla en el palacio, el joven recorrería el cráter, con grave riesgo de ser descubierto.

Desasosegada por tales ideas, tardó en conciliar el sueño. Al conseguirlo, vió turbado su descanso por horribles pesadillas en las que el rostro del hechicero parecía agigantarse, acercándosele más y más hasta que... Despertó, con un leve grito. Celima, que alisaba sus cabellos con las manos, la miró sorprendida. Estaba amaneciendo.

Las dos mujeres, tras asearse en el agua de un arroyo y saciar el apetito con frutas, reanudaron la marcha hacia el cementerio de elefantes, al que llegaron al atardecer. Dos enormes paquidermos, tumbados ya, agonizaban entre sonoros barritos, y un olor a podre flotaba en el aire. Varias hienas huyeron al bosque ...

CAPÍTULO IX

—¿Cómo te encuentras, padre?

—Sorprendentemente bien, Robert. Creo que tuviste razón al asegurar que la fiebre era producida por algo ajeno a mi enfermedad y que ha debido hacer crisis. ¿No te extraña que no hayan vuelto a oírse los tambores y la ausencia de indígenas? Se diría que todos permanecen en las aldeas, expectantes, preocupados por algo más importante que capturaros a ti y a tu hermana.

—¿Y si hubiesen apresado a Alicia, padre?

—Llevo tres días formulándome idéntica pregunta. Creo que merece la pena que nos cercioremos de ello. A la vez, quizá sepamos a qué se debe la inactividad de los negros.

El diálogo se desarrollaba en las estribaciones de los montes Muchinga, en una zona de espesa vegetación, entre dos altos peñascos que les ocultaban por completo.

—¿Entramos en el cráter por el túnel o nos dirigimos a la parte alta de la montaña?

—Prefiero la primera idea, más arriesgada, pero quizá nos permita apresar a algún sereje e interrogarle. ¿No te parece?

—De acuerdo, padre. ¿Vamos? Pronto anochecerá.

—Sí. Tendremos tiempo de llegar a la salida del subterráneo antes de que oscurezca.

Los dos hombres anduvieron con rapidez, bordeando los montes. Jonás, que marchaba en cabeza, se detuvo sorprendido, retrocediendo.

—¡Mira, Robert! ¡Los serejes ya no se descuidan! ¡Han puesto dos centinelas para proteger la entrada al pasadizo!

—¡Sí!... ¡Al suelo!

La orden dada por el joven con voz que era un susurro, fué obedecida con presteza. A la izquierda de los Pellington, a unos veinte metros, acababan de aparecer numerosos negros. Estos, inmovilizándose al ver a los centinelas, destacaron a cuatro indígenas, provistos de armas de piedra, quienes, reptando sigilosamente, lograron aproximarse a sus hermanos de raza y apuñalarles antes de que pudieran defenderse. Enseguida, varios centenares de nativos, provistos de lanzas y puñales, en fila de a uno, se internaron en el subterráneo. Al desaparecer el último, Jonás se secó el sudor de la frente.

—De retrasarse unos minutos esos hombres, nos hubiéramos visto entre los dos bandos en lucha, en una situación desesperada. ¡Vamos hacia lo alto del cráter! ¡No quiero perderme la lucha! ¡El poder de Itoko y de Inongo se tambalea! ¿Qué te ocurre?

—Si Alicia está prisionera, los que acabamos de ver pasar ante nosotros la asesinarán. ¡Tiene el mismo color de piel que el tirano!

Una mortal palidez cubrió el rostro de Jonás.

—¡Es cierto! ¡Hemos de impedirlo! ¡Vamos dentro! ¡Quizá, amparados en la confusión de la contienda, podamos llegar al palacio de Itoko!

—Lo intentaremos.

Los Pellington internáronse en el pasadizo. Habían recorrido la mitad de la distancia que les separaba de la desembocadura al cráter, cuando un clamor de gritos y chocar de armas inundó el subterráneo agigantándose bajo la bóveda de piedra.

—Ha empezado la batalla —dijo Jonás.

—Sí. ¡Démonos prisa! El túnel es angosto y sería fatal para nosotros que nos sorprendiera una retirada por él.

En tinieblas, debido a que no encendieron antorchas para no delatarse, el mayor y Robert apresuraron la marcha no tardando en doblar un recodo que les permitió ver, a través de la boca del subterráneo, un espectáculo dantesco. Los hombres de la guardia de Itoko y de Inongo peleaban en derredor del palacio, resistiendo con bravura los ataques de sus enemigos. La lucha, en la mayor parte de los casos era cuerpo a cuerpo, no faltando las peleas a distancia en las que los indígenas, provistos de lanzas, intentaban herir y no ser heridos, para lo cual prodigaban los saltos y los felinos movimientos. Una hoguera que ardía muy cerca del túnel, sin duda para iluminar la entrada a éste desde el cráter y permitir una eficaz vigilancia, daba mayor trágica belleza a la sinfonía de sangre.

—¡Es horrible pensar que muchos de esos venablos están envenenados! —comentó Robert.

—Las luchas de tribus son siempre a muerte. No hay más que cadáveres y vencedores. ¿Qué haces, hijo?

—Espera aquí.

Antes de que su padre pudiera oponerse, el joven, separándose de la boca del subterráneo, cruzó la explanada. Había visto correr a un niño de unos diez años de edad y penetrar en una de las viviendas que, construidas en piedra, rodeaban el campamento de Itoko. Robert entró en la casa para salir de ella con el pequeño en sus brazos.

Jonás, que miraba ansiosamente a su hijo, observó que un indígena le había descubierto y se dirigió a él, con la lanza en alto, dispuesto a atravesarle. Era uno de los hombres de la guardia particular de Itoko, por lo que el menor rasguño significaba la muerte.

—Cuidado, Robert! ¡Cuidado!

El mayor se dió cuenta tarde de que su advertencia no podía ser oída debido al estruendo de la batalla. ¡Y el joven continuaba sin advertir el progreso de su enemigo, silencioso y traidor! Desenfundó el revólver, resuelto a impedir el asesinato y ya iba a apretar el gatillo, aun consciente

de lo que representaba, cuando, con un suspiro de alivio vió a su hijo, quizá advertido por el instinto, mirar a su espalda. La reacción del amenazado fué rápida, fruto de un cerebro equilibrado, en plenitud de reflejos. Soltó a la criatura que llevaba en sus manos, quien se apresuró a escapar, y, en un hábil esguince, situóse de forma que su adversario tuviera que variar de postura para un nuevo ataque. Un gesto de inquietud apareció en el rostro de Robert, al identificar a su enemigo. El triángulo de piedra que remataba la lanza era de color más negruzco que el habitual, por haber sido envenenado. Una larga lucha podía representar el ser descubierto por otros indígenas y también el ser alcanzado, aunque fuese en leve herida, por el arma del negro. Sin meditarlo, repugnándole pese a actuar en defensa propia, extrajo su machete de la vaina para arrojarlo contra el nativo. El acero se clavó en el pecho del sereje derribándole a tierra. Cuando el indígena caía, Robert se volvió a su padre, que se le acercaba.

—Seguimos sin saber lo que nos interesa. Interroga a ese hombre.

Jonás, sin responder, se arrodilló junto al herido, arrancándole el acero del pecho, del que hizo entrega a su hijo, mientras preguntaba al negro:

—¿Está la mujer blanca en el palacio?

—No. Escapó y no la hemos podido encontrar.

—¿Por qué abandonaste la defensa de tu soberano?

—Ese hombre se llevaba a mi hijo. ¿Me mataréis?

—No somos asesinos. Ya hemos averiguado lo que nos interesaba. Vamos fuera de aquí, Robert. Alicia no está y es absurdo que corramos riesgos sin propio provecho.

—Espera, padre. ¡Mira!

La puerta de la residencia del rey se había abierto para dar paso a Inongo y a Itoko quienes, majestuosos, abrieron ambos brazos reclamando con expresivos ademanes paz y silencio. El hechicero y el monarca de la tribu de los serejes dábanse cuenta de que de no invocar el respeto a la divinidad, todo estaba perdido para ellos. Algunos combatientes, influidos aún por las supersticiones, depusieron su actitud hostil, pero otros no permitieron que los antagonistas advirtieran la presencia del Gran Mago y del Hijo de la Luna.

—Van a imponerse de nuevo, padre.

—Sí, eso me temo. Y nada bueno significará para nosotros...

Jonás no terminó la frase. Una lanza, arrojada por un indígena, en el que pudo reconocer al que tuvieron prisionero en la caverna, acababa de atravesar el cuerpo de Itoko, quien se desplomó a tierra mientras el hechicero penetraba en el palacio, cerrando la puerta a su espalda. Lo hizo a tiempo. Varios venablos se clavaron en la gruesa hoja de madera.

Lo que sucedió entonces fué tan cruel, tan inconcebible para la mentalidad de los Pellington, que éstos permanecieron inmóviles

contemplando la feroz matanza.

Los fieles a Itoko y a Inongo, al ver muerto a su rey y comprobar la cobardía del mago, depusieron sus armas, siendo asesinados por sus enemigos.

—No te espantes, Robert. Cadáveres y vencedores. Ya te lo advertí. ¡Vámonos!

—Aguarda aún. No nos han visto. ¿No te preocupa saber si Inongo podrá huir?

—El cráter es una ratonera.

—Ya están derribando la puerta. ¡Pobre de Alicia, si llega a encontrarse dentro!

—Por fortuna, escapó.

La hoja de madera cayó a tierra, sobre el cadáver de Itoko, y una multitud de guerreros, ávidos de sangre, invadieron todas las habitaciones del edificio. El cadáver de Inongo, el que sojuzgó a los serejes, fué arrojado por una de las ventanas.

—¡Nada nos queda que hacer aquí, hijo.

Robert, sin oponerse a los deseos de su padre, fué el primero en llegar al pasadizo e internarse en él. Pese a no comunicarse sus temores, los Pellington pensaban en la no remota posibilidad de que otro grupo de guerreros avanzara en dirección contraria, lo que representaría la muerte.

Una vez en el bosque, Jonás, al manifestar la angustia que le dominó en el subterráneo, dijo:

—La Providencia sigue ayudándonos. ¡Quiera Dios que sea también generosa con tu hermana! ¿Cómo encontrarla?

—Disparemos un revólver. Quizá así llamemos su aleación.....

—No, Robert. El bosque está poblado por muchas tribus, tan crueles como los serejes. No conseguiríamos otra cosa que hacernos matar.

El recuerdo de los porteadores que cayeron en poder de los nativos y a los que vieron muertos, atados a los postes de tortura, estremeció al joven.

—¡Sí, padre. Como siempre, tienes razón.

—Subamos a uno de los árboles. Nos interesa saber la dirección que toman los serejes. Podría ser peligroso que se internaran en el bosque.

—No saldrán del cráter. ¿Oyes? Un tambor convoca a los que habitan en las montañas. Creo que el futuro será más benigno para los indígenas, a salvo del despotismo de Itoko y de Inongo.

Durante varias horas, desde su observatorio, los dos hombres vieron el incesante afluir de negros a la entrada del pasadizo.

—Ya han debido de llegar todos. ¡Lástima que no tengamos a Alicia con nosotros! Es un gran momento para alcanzar la zona civilizada. ¿Y si ella lo hubiera intentado, Robert?

—Es seguro que me sabe en libertad. No se alejará de las inmediaciones de los montes Muchinga, con el deseo de encontrarme y en la certeza de

que yo procederé del mismo modo.

—Sí. Vuestra mutua generosidad puede perderos a los dos...

El pesimista comentario de Jonás Pellington no obtuvo respuesta por parte de Robert...

* * *

Alicia tardó en conciliar el sueño, impresionada por los barritos de los elefantes, próximos a morir; pero la fatiga pudo más que el temor. Celima, a su izquierda, descansaba ya.

De nuevo, las hienas, que vigilaban a las dos mujeres, fueron abandonando el bosque para acercarse a la carroña de los paquidermos, muertos recientemente, y proseguir su repulsivo festín. Varias serpientes se desligaron hacia el arroyo a saciar su sed en espera de sus presas. Un leopardo, de majestuoso andar, se detuvo cerca de los elefantes que agonizaban, y, tras contemplar a los colosos durante largo rato, seguro de la impotencia de sus más temidos enemigos, se internó de nuevo en la espesura. Un gorila saltó de rama en rama con extraordinaria agilidad, asombrosa en un animal de su corpulencia.

La fauna de África no dormía. Los grandes animales carnívoros aprovechaban las tinieblas para imponer el código del más fuerte, en lucha por la existencia.

El cansancio que dominaba a las dos mujeres era tan intenso que permanecían ajenas a todos los peligros, con un sueño profundo que les impidió advertir el paso de las fieras y, también, la presencia de un hombre, con las ropas desgarradas y una mirada centelleante, de locura, que destacaba más en su rostro enjuto, de enfermo. Llevaba ropas de cazador. En su cintura, dos revólveres y un largo machete. El «Winchester», colgado a su espalda, completaba el armamento del que desembocó en el cementerio por el pasadizo de vegetación, único camino abierto en la espesura, procedente del este.

—¡Marfil!... ¡Marfil! —exclamó el individuo, con la garganta seca por la emoción, mientras, inclinándose, acariciaba, febril, los grandes colmillos.

Tardó en ver a las dos mujeres, alegrándose de no haberlas despertado.

—No compartiré con ellas mi fortuna. Nadie más que yo debe conocer el emplazamiento de este cementerio. Hay miles de libras aquí.

Con el machete en la diestra, el hombre se aproximó a Celima y a la hermana de Robert. De pronto, reconoció a una de las que iban a ser sus víctimas.

—¡Alicia Pellington! —exclamó roncamente.

La muchacha, ya repuesta en parte de su fatiga por varias horas de descanso, despertó en aquel instante. Tardó varios segundos en reconocer al que la miraba con fijeza, con una expresión demoníaca en sus pupilas.

—¡Wallace Colman!

—El mismo. No se alegre de haberme encontrado. Voy a matarla.

El que fué guía de los hermanos Pellington desenfundó un revólver con la mano izquierda mientras empuñaba febril, con la izquierda, el acero. Celima despertó también, palideciendo ante la agresiva actitud de aquel hombre.

—No me extraña, Wallace. Además de cobarde, asesino.

—¡Todo el marfil será para mí! ¡No pienso repartirlo con nadie!

Ella, serenamente, comprendió que algo no marchaba bien en el cerebro de Colman.

—¿Cómo se lo va a llevar? ¿Cree que escapará con vida de este territorio?

—Sí. Al menos, lo intentaré.

—Eso ya es más razonable. ¿Por qué nos abandonó, Wallace? Mejor dicho, ¿por qué aceptó nuestra oferta, si le daba miedo acercarse a la montaña sagrada?

El orgullo vibró en las palabras del hombre.

—¡Yo no le temo a nada! Me encargué de conducir la expedición con el propósito de que alguien costeara mi traslado hasta una zona en la que, por confidencias de un indígena, al que encontré moribundo en un safari anterior, sabía que se hallaba uno de los más grandes cementerios de elefantes de África. Me puse de acuerdo con el capataz de los porteadores para que, cuando yo les abandonase, ellos desertaran también a la primera oportunidad, robándoles la impedimenta. Yo les esperaba en determinado lugar del bosque y, juntos, buscaríamos esta tumba de marfil. Por desgracia, fueron capturados por una tribu, que les sacrificó sin que yo, que lo presencié todo detrás de un árbol, pudiera impedirlo. Mis planes cambiaron pero me propuse no abandonar la región sin conocer el emplazamiento del cementerio, a fin de regresar con cargadores. ¡Acabo de conseguirlo! ¿Cómo voy a retroceder?

Comprendiendo que aquel hombre estaba decidido a eliminarla, Alicia propuso:

—Le doy mi palabra de que no intentaré aprovecharme de este descubrimiento, de que no le denunciaré a las autoridades si nos permite acompañarle hasta territorio civilizado.

—No. Es demasiado peligroso para mí. ¡Necio es el hombre que fía de promesas de mujeres! ¿Y su hermano?

Deseosa de ganar tiempo, con el afán de prolongar su vida aunque fuera sólo unos minutos, Alicia refirió al guía sus aventuras y la separación de Robert por la fuga de éste. Una sonrisa irónica, más bien una fea mueca, se plasmó en el rostro de Wallace Colman al decir: —

—Si quien lleva su misma sangre la ha abandonado, ¿cómo puede esperar clemencia de mí? Aquí, en África, los hombres nos convertimos en

fieras. Mueren el sentimentalismo y la compasión. Nadie se preocupa más que de sí mismo. Es posible que si su hermano consiguió no ser descubierto por los salvajes que pueblan estos bosques, y no resultó víctima de la feroz fauna, se encuentre ahora en zona segura, intentando convencerse de que no pudo hacer nada para salvarla.

—¡Robert no es un cobarde como usted, Wallace!

—Más. Se lo aseguro. Sobran las palabras. ¡Vuélvase de espalda y diga a esa sucia negra que la imite!

Con extraordinaria serenidad, deseosa de mostrarse superior al miserable, de hacerle comprender que la muerte no es tan terrible si se afronta dignamente, y también con el afán de ganar unos segundos —¡era tan intenso el aroma de las flores, resultaba tan grata la caricia del aire!—, Alicia replicó:

—Le formulé una proposición generosa. ¡Tendrá que asesinarme cara a cara!

—Lo haré. Voy a hacerlo ahora mismo.

—¿Tanta prisa tiene por librarse de mí?

—Los asuntos desagradables conviene resolverlos pronto.

Siempre ambiciosa de prolongar su vida, pensando que tal vez el guía se entretuviera y la permitiese defenderse y defender a Celima, Alicia ironizó:

—Creí que deshacerse de mí era un placer para usted.

—¡No! ¡No, no les! ¡La mato por considerarlo necesario!

—¡Dejé a la negra en libertad! Ella ignora nuestro idioma.

—¡Qué importa una negra más o menos! En África las hay a millones.

—¡Es una vida, como la de usted, como la mía!

Un gesto brutal apareció en el rostro del capataz.

—¡Simplezas! Ella y los de su raza no vacilarían en acribillarnos con sus lanzas. ¡Son peores que, hienas!

—¡Son mejores que usted! Ignoran las leyes morales, se fían sólo de su instinto; pero obedecen sus costumbres, sus tradiciones. Consideran enemigos a los blancos y nos tratan como a tales. ¡No asesinan por codicia, aunque esa codicia sería más disculpable en ellos!

—¿Prefiere un negro a mí?

El sarcasmo, de doble intención, pleno de maliciosa maldad, obtuvo una rápida respuesta.

—¡Sí!

—No es muy amable conmigo.

—¡Me inspira repulsión, Wallace! Es usted un canalla de la peor especie, capaz de abandonar a los que le contrataron y pagaron sus servicios, de incitar a los porteadores a imitarle y de verles morir sin hacer nada en su ayuda. Ahora no le importa manchar sus manos de sangre y...

—¡Basta!—tronó, colérico, el guía—. ¡Estoy harto de escuchar sus

estupideces y... ¡Maldita negra!

Celima, aprovechando que la atención de Colman se centraba en Alicia, se arrojó contra el hombre blanco, aferrando la muñeca armada con el cuchillo, con olvido de la mano que empuñaba el revólver, cuyo mortífero poder conocía. Wallace, que no deseaba sembrar la alarma con un disparo, golpeó a la indígena con brutalidad en la sien, utilizando el arma de fuego a modo de maza. Conforme Celima se desplomaba a tierra, sin sentido, Colman oyó unas palabras que le hicieron estremecerse:

—Nos mataremos mutuamente, Wallace. Si oprime el gatillo, tendré tiempo de hacerlo yo también.

—Igual me sucede a mí.

Alicia Pellington, aprovechando el ataque de la indígena, había conseguido desenfundar uno de los revólveres y encañonaba con él a Colman, de cuyo rostro pareció huir la sangre.

El silencio fué largo. La muchacha comentó:

—No parece ahora tan valiente.

—¡De todas formas, el marfil será para mí!

—Irà a la cárcel, si consigue salvarse. Las autoridades son muy severas para los guías que abandonan a las personas que contratan sus servicios.

Horrorizada, la muchacha escuchó la misma palabra, repetida por Wallace, lo que la hizo comprender que éste no la había escuchado, que en su cerebro imperaba la locura.

—¡Marfil!... ¡Marfil!... ¡Marfil!...

La mano del hombre que sostenía el revólver, temblaba con violencia. Ella quiso intentarlo todo para que Colman se serenara.

—Lo que importa es escapar con vida de estos bosques. ¡Tiempo será después de pensar en la riqueza!

—¡El marfil será mío!... ¡Mío sólo!

Con ojos en los que brillaba la demencia, Wallace comenzó a avanzar, muy despacio, el dedo en el gatillo, hacia la joven, quien, aun convencida de que para la defensa de su vida no tendría más remedio que servirse del arma de fuego, retrocedió paso a paso, espantada por la idea de matar.

La escena era alucinante. Alicia, en su retroceso no advirtió que se aproximaba al esqueleto de un elefante. Cuando quiso darse cuenta, tropezó con uno de los colmillos, cayendo. Un grito de salvaje alegría se escapó de labios de Colman al advertir que el revólver de la muchacha acababa de desprenderse de la mano de ésta.

—¡No escaparás con vida de aquí! ¡Yo soy el más fuerte!

Wallace alzó la diestra, en la que aún esgrimía el puñal, dispuesto a atravesar el corazón de Alicia, que no pudo reprimir un alarido de espanto...

CAPÍTULO X

—Ya nos acercamos al cementerio, padre. ¡Hay allí acumulada una verdadera fortuna!

—De nada puede servirnos, a no ser que consigamos salvar la vida. Además... Poseemos en Inglaterra capital más que suficiente. Sé que no es el dinero lo que te atrae, sino el conseguirlo con aventura, con riesgo. ¿Me equivoco?

—Quizá no. Te aseguro que no me importará volver a estas zonas dirigiendo un safari con numerosos cargadores. ¡Es absurdo no aprovecharse de un hallazgo que...!

Un grito de mujer se alzó en el aire, a escasa distancia de los Pellington. Robert fué el primero en advertir que...

—¡Es Alicia! ¡Debe encontrarse en peligro! ¡No falló mi corazonada!

El joven corrió por el bosque, tardando breves segundos en llegar al cementerio. Vió, a unos diez metros de distancia, que un hombre blanco, arrodillado en tierra, forcejeaba con una mujer y, sin vacilaciones, desenfundando el revólver, hizo fuego...

* * *

El instinto de conservación obligó a Alicia a alzar una de sus manos. Los femeninos dedos se agarraron en la muñeca de Colman, quien, feroz, seguro del triunfo, barbotó:

—¡Pobre fuerza la tuya comparada con la mía!

La hoja de acero bajaba lentamente hacia el pecho de la mujer, la cual notaba que sus músculos eran incapaces de oponerse a la presión de Wallace.

El acero estaba a escasos milímetros de la piel de Alicia cuando sonó un disparo y la joven, al comprender que nadie más que su hermano podía acudir en su ayuda, redobló sus esfuerzos para sujetar el arma homicida. No era necesario. Wallace Colman, con una herida en la espalda, atónito, quizá, por la agresión, quiso volverse para hacer frente al nuevo peligro, sin conseguirlo. En el movimiento cayó a tierra, quedando exánime.

—Te ocurre algo, Alicia?

Ella, incorporándose, se abrazó a su hermano, mientras sollozaba:

—No, Robert. ¡Ha sido terrible, Dios mío! ¿Tuviste la misma idea que yo? El cementerio era el mejor punto de referencia en nuestra marcha hacia los montes Muchinga.

—Sí. Pensé en ello. Sepárate de mí y disponte a recibir una inmensa alegría.

La joven, que había ocultado la cabeza en el pecho de su hermano, hizo lo que éste le indicaba. En el límite del cementerio de elefantes y el bosque pudo ver, a la débil luz de las estrellas, a un hombre blanco, que sonreía, trémulo de gozo.

—¡Papá!... ¡Oh, papá!

Padre e hija se lanzaron el uno hacia el otro para abrazarse febriles, corazón contra corazón, mientras las lágrimas se fundían, al besarse, en los rostros.

No fué muy prolongada la explosión de cariño. Un tambor comenzó a oírse, muy cercano, siendo contestado por otros, en diversas direcciones. La realidad se impuso y Robert exclamó:

—El disparo ha sido escuchado por los indígenas. No tuve otro remedio, padre.

—Hiciste bien. ¡Si es preciso, nos defenderemos.

Faltaba firmeza en la voz de Jonás, convencido de que sus armas eran inútiles frente a centenares, quién sabe si millares de negros. Robert, inclinándose sobre Wallace Colman, comprobó que había muerto y, apoderándose de las armas y municiones del guía, dijo, mientras tragaba saliva:

—No es agradable matar a...

Su padre no le permitió que continuara.

—¡Él era un miserable y actuaste para salvar la vida de tu hermana! ¡No perdamos tiempo! ¡Me hablaste de una senda de elefantes! ¡Vayamos por ella! Tal vez los indígenas no se atrevan a seguirnos por un camino tan peligroso! Los paquidermos son muy temidos por los nativos. A veces, arrasan sus aldeas. ¿En qué piensas, Alicia?

—En Celima, en la negra que me condujo hasta aquí y que al luchar contra Wallace hizo posible vuestra llegada y mi salvación. Él la golpeó con un revólver. ¡No podemos abandonarla!

—No la abandonaremos. Vendrá con nosotros. ¿Dónde está?

—A nuestra izquierda... Ya se levanta. ¿Cómo podremos decirle nuestros propósitos?

—Tal vez prefiera reunirse de nuevo con los suyos.

—Odia a Itoko y a Inongo.

—Ninguno de los dos existe ya.

—¿Les matasteis vosotros?

—No es momento para explicaciones. ¡Hay que actuar!

Jonás Pellington cambió breves frases con Celima, las necesarias para informarla de lo ocurrido en el cráter, sugiriéndole que les acompañase si lo deseaba, aunque los peligros iban a ser mayores que si se dirigía hacia los montes Muchinga mientras ellos eran perseguidos. La respuesta de la indígena fué breve:

—Mataron a mi padre y a mi hermano. No tengo a ningún ser querido

entre los serejes. Iré con vosotros.

Decidido así, los rifles dispuestos para el ataque y la defensa, en el aire el monótono son de los tambores, los dos hombres y las dos mujeres se internaron por el sendero abierto por el paso de los elefantes en la espesa vegetación. Pronto amanecería.

Anduvieron en silencio, con rapidez, Jonás Pellington iba en cabeza, seguido de Alicia y Celima. Robert cerraba la marcha.

Las primeras luces del alba llenaron de inquietud el corazón de los que huían de las proximidades de las montañas sagradas. De noche era fácil buscar amparo en las sombras, huir de sus enemigos. A pleno sol...

—Caminaremos hasta que las fuerzas nos lo permitan —dijo Jonás, sin volver la cabeza—. ¿Muy cansada, Alicia?

—En absoluto. Dormí unas horas en el cementerio de elefantes. ¿Por qué no hablas con Celima? Tal vez conozca un camino más seguro que el que seguimos.

—Nunca llegó tan lejos. Me lo dijo al preguntarle si vendría o no con nosotros. La máxima distancia recorrida por ella es de las montañas al lugar en el que Wallace Colman encontró la muerte. No importa ahora la ruta más corta, sino la más segura.

El diálogo se interrumpió. No era conveniente gastar energías en palabras.

Pronto, el calor se hizo sofocante. Jonás Pellington no cesaba de mirar al cielo, limpio de nubes. Llevaba varios días incubándose una tempestad que no acababa de desencadenarse.

—Quizá fuera de desear una tormenta, que borrara nuestras huellas —se dijo el mayor.

La marcha, agotadora, finalizó mediada la tarde, en una zona muy espesa del bosque, de suelo pelado y continua penumbra.

—Descansaremos aquí —propuso Jonás—. De nada nos servirá agotarnos.

—¡Dios mío! —exclamó Alicia—. Los tambores no han cesado ni un instante. Terminarán enloqueciéndome.

—Cálmate, hija. Si consiguiéramos esquivar a los indígenas dos días más, nos hallaríamos a salvo.

—¡Dos días! —repitió ella, desalentada.

—Sí. Corto plazo para la vida y largo para nuestra angustia. Estás muy desmejorada.

Jonás, estremecido de gozo al tener a su lado a «sus pequeños», como él siempre acostumbó a llamar a sus hijos, aun después de que éstos rebasaran la mayoría de edad, se acomodó en el suelo, a la izquierda de la muchacha, mientras Celima trepaba a los árboles inmediatos para coger frutos, que todos comieron con avidez.

—Los negros ignoran que sus tambores favorecen a los que desean

capturar. Su sonido pone alas en los pies y mantiene alerta los sentidos. ¡Aceleran el ritmo! Temo que nos hayan descubierto.

Todos se pusieron en pie, con sobresalto. Pellington, conocedor de la selva y buen estratega por su condición militar, eligió tres árboles, que formaban triángulo, mientras decía:

—Desde aquí será fácil la resistencia. Podremos defender los flancos. Tendréis que demostrarme que sois buenos tiradores, hijos. No es lo mismo cazar patos o liebres que hombres astutos, habituados a la guerra. Tal vez sea una falsa alarma pero... ¡Cuidado! ¡Al suelo!

Un grupo, integrado por más de veinte guerreros, acababa de aparecer a corta distancia, inopinadamente. Y sus lanzas volaron por los aires antes de que los tres blancos y Celima consiguieran ocultarse detrás de los árboles. Salvaron la vida merced al aviso de Jonás. Los venablos pasaron sobre sus cabezas, clavándose la mayor parte de ellos en los árboles próximos. Por el vibrar de los astiles comprendieron la fuerza con que los negros arrojaron sus armas.

—Cualquiera de esas lanzas es capaz de atravesar a un hombre de parte a parte —comentó Robert.

—En efecto —repuso el mayor—. Tú, Alicia, ocúpate de que Celima permanezca oculta. ¡Por Dios, hijos, protegeos bien!

Había angustia en la voz del padre quien, al reparar en que los nativos, fallada la sorpresa, apresurábanse a ocultarse, se situó al amparo del tronco. Todos le imitaron.

—No se lanzarán al asalto hasta que se reúnan los diversos grupos que recorren el bosque. Quizá dispongamos de una tregua de una o dos horas. Vigila bien, Robert. Voy a hacer provisiones de leña para encender una gran hoguera apenas oscurezca. En las tinieblas, la lucha sería breve. Por fortuna, el bosque es pelado y no hay maleza que les cobije. Han de avanzar escudándose en los árboles; pero de uno a otro siempre será posible alcanzarles con nuestros proyectiles.

—Yo iré contigo, padre.

—No es necesario. Prefiero que te quedes y abras bien los ojos. No pienso alejarme de aquí.

Robert, Alicia y Celima vieron cómo el mayor, con una agilidad impropia de sus años, trepaba por uno de los troncos. Poco después, oyeron los golpes del machete al golpear la madera y numerosas ramas fueron lanzadas al centro del triángulo defensivo de los blancos. Para ganar tiempo, luego de encomendar a su hermana que permaneciera alerta, el joven fué apilando las ramas para formar una especie de parapeto que les defendiera de las lanzas enemigas. Tal trabajo mereció la aprobación de Jonás.

—¡Magnífico, Robert! ¡Daremos guerra a esos indígenas!

Pese al tono jovial de su voz, faltaba convicción y sinceridad en las

palabras.

Los tambores fueron languideciendo, hasta que su sonido cesó por completo.

—El telégrafo de la selva ya no es necesario. ¡Atención! ¡Ahí se acercan!

Más de un centenar de negros, formando un amplio semicírculo y al amparo de los árboles, comenzaron a avanzar. La advertencia del mayor no era necesaria y fué seguida por numerosos disparos.

—¡No malgastemos municiones!

Alicia, cuyo rifle quedó deshecho bajo la pezuña de un elefante, utilizaba el que perteneció a Wallace Colman. La puntería de los Pellington era tan extraordinaria que los indígenas, al ver caer a sus compañeros, retrocedieron.

—Lo pensarán antes de atacar de nuevo —comentó Robert.

—Pero lo harán —añadió Jonás—. Les conozco lo suficiente como para saber que nunca abandonan sus presas. Tal vez esperen a que oscurezca, sin cesar de hostigarnos.

Así fué. A partir de entonces, los indígenas se limitaron a arrojar lanzas, sin exponerse en exceso, a pesar de lo cual los rifles les produjeron varias bajas.

—¿Te quedan muchas balas, Robert? —inquirió Jonás.

—Medio centenar. ¿Y a ti, Alicia?

—Aproximadamente, lo mismo.

—Tendréis que darme proyectiles. Estoy a punto de agotar mi cartuchera. La noche será dura para nosotros...

—Moriremos defendiéndonos, padre. Ni Alicia ni o somos cobardes y sabemos la gravedad de la situación.

La gran hoguera, que fué encendida, no sin riesgos, fuera del triángulo formado por los árboles detrás de los que se parapetaban los Pellington, era un arma de doble filo, ya que si servía para impedir que los negros se aproximaran amparados en la oscuridad, señalaba claramente la posición de los tres blancos y de Celima.

Los nativos, seguros del triunfo por su enorme superioridad numérica, fueron tornándose más audaces. Los Pellington habían de vigilar, no solamente la zona de bosque que divisaban sino también los árboles, en cuyas ramas se ocultaban no pocos negros. Una lanza estuvo a punto de herir en un muslo a Robert, quedando clavada en el suelo a escasa distancia. Alicia, crispadas las mandíbulas, disparaba febril para evitar que los indígenas llegaran hasta ellos.

La situación, desesperada a partir de la media noche, se tornó angustiosa al hacer un recuento de municiones. En total, los Pellington disponían de quince balas que se repartieron.

Un ataque en masa de los negros les dejó sin proyectiles, sólo con los

machetes. El bosque estaba cubierto de cadáveres de nativos.

—Viviremos lo que tarden en lanzarse de nuevo al asalto —dijo Jonás Pellington—. Démonos un último abrazo, hijos... Siento que hayáis venido a África por mi culpa.

—Nosotros nos alegramos de morir contigo.

El silencio, roto únicamente por el crepitar de la hoguera, que Celima atendía arrojando ramas, sin descubrirse demasiado, era abrumador. Los indígenas, más cautos, dejaron transcurrir cerca de una hora y, después, muy distanciado uno de otro para ofrecer menos blanco, fueron aproximándose a los que, en pie; con los machetes empuñados, se consideraban perdidos. Celima y Alicia habían esgrimido dos de los rifles, cogiéndolos por el cañón, en forma de maza.

Los negros, temerosos de que la ausencia de disparos obedeciera a una nueva estratagema de sus adversarios, avanzaban muy despacio; pero cuando la distancia fué corta debieron adivinar la verdad y, con feroces alaridos, a pecho descubierto, emprendieron veloz carrera, mientras agitaban sus armas en el aire.

—Es el final, hijos. ¡Que Dios nos reúna a todos en el cielo!

No había hecho el mayor más que pronunciar tales palabras cuando, de pronto, sonaron numerosas detonaciones, en ráfagas que denunciaban la clase de armas empleadas por los que intervenían en el último segundo. Los negros cayeron segados por el plomo, siendo muy pocos los que consiguieron salvarse,

—¡Soldados! —exclamó Robert, al distinguir uniformes militares merced a la claridad de las hogueras.

—Sí —repuso Pellington—. Veo un rostro familiar, Alicia. ¡Mira a tu izquierda!

—¡Andrew Tilling!

—El mismo —repuso el capitán, abrazando a la muchacha, con olvido de la presencia de su padre y de su hermano—. Los disparos nos condujeron hasta vosotros.

Luego de las explicaciones de rigor y de ser encendidas nuevas hogueras, se dispuso el campamento nocturno, extremándose la vigilancia.

Antes del amanecer estalló el temporal que la alta temperatura llevaba anunciando varios días. Fué un verdadero diluvio que contribuyó a refrescar el ambiente y a hacer menos fatigosas las jornadas que separaban a los Pellington, a Celima y a sus salvadores del Lago Nyasa. La aventura había terminado y para Alicia y Andrew Tilling iba a tener la feliz culminación del amor...

EPÍLOGO

—Sinceramente, Pellington. Nunca le he encontrado mejor que ahora. Las palabras del médico produjeron viva sorpresa en el enfermo.

—¿No me vaticinó la muerte para un plazo breve?

El científico se pasó la mano derecha por la barbilla, pensativo.

—Sí, Jonás. Y le aseguro que estaba en lo cierto. Tendrá que recordar todas las incidencias de su vida en los montes Muchinga y, en particular, su método de alimentación. El cáncer ha desaparecido por completo, de forma asombrosa. Se advierten algunas huellas; pero apenas perceptibles. Un adecuado régimen impedirá que se desarrolle de nuevo. ¿Qué diablos ha hecho usted en África para conseguir curarse?

—No lo sé. Siempre dije, doctor, que la Naturaleza ha dado a los hombres los procedimientos para sanarles de sus enfermedades. Quizá yo, sin saberlo, he tenido a mi alcance la panacea para una dolencia universal.

—Es posible, Pellington. Le doy mi enhorabuena. ¿Ha regresado ya su hija?

—Vino anoche. Ella me obligó a visitarle.

—Tanto miedo tiene a los médicos, Jonás?

—Sí.

—Eso indica que es usted inteligente.

Los dos hombres rieron y el mayor hizo una referencia a Alicia y a Tilling, quienes, de regreso del viaje de novios, llenaban el gran caserón de la familia, en Londres, con sus risas y su felicidad.

—¿Y Robert? ¿Sigue pensando en volver a África?

—Sí. Celima le enseña la lengua bantú. Quiere organizar un safari para transportar el marfil del cementerio de elefantes, cuyo hallazgo le deparó la casualidad. No voy a tener más remedio que acompañarle. He pedido de nuevo el traslado a Kenia y espero que me lo concedan.

—¿Tan imprescindible es para su vida el Continente Negro, Jonás?

—Sí. Me atrae con fuerza irresistible, avasalladora. No voy a pretender explicarle la fascinación que ejerce sobre mí. ¡Para comprenderlo hay que vivir en África, doctor!

—Quizá algún día vaya a Kenia a cazar. ¿Ya se marcha?

—Sí. Mis hijos me esperan en el vestíbulo.

—Saldré con ustedes a saludarles, en particular a Alicia, a la que no he visto desde su boda.

Los dos hombres abandonaron la estancia. En el rostro del mayor Pellington había una sonrisa gozosa, de salud recobrada...

*¿Quién era el extraño
jinete que aparecía en
los instantes más crí-
ticos, sembrando la
muerte a su paso?*

*¿Era sólo producto de
la superstición indígena
o una atroz realidad
que afectaba a cuantos
osaban cruzar el Va-
lle del Cementerio?*



Estas preguntas se las responderá el famoso

PETER DEBRY

en su última y más emocionante novela, titulada

SOPLO DE TERROR

¡Muerte en las entrañas de la tierra para quienes
desean penetrar sus secretos!

SOPLO DE TERROR

Un apasionante título que la popular,

COLECCION CONGO

le ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

434. — A. Rolcest
LA CUERDA DEJO SU
HUELLA

COLECCION "BUFALO"

131. — M. L. Estefanía
ORGULLO DE EQUIPO

COLECCION "CONGO"

25. — Alar Benet
LA MONTAÑA SAGRADA

COLECCION "PANTERA"

68. — Joe Bennett
COYOTES CON ESPUELAS

COL. "SERVICIO SECRETO"

298. — Vic Peterson
LAS VACACIONES
DEL FISCAL

COLECCION "PRACTICA"

- COCINA INTERNACIONAL

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

493. — Carlos de Santander
EL ALMA SE MUERE

COLEC. "MADREPERLA"

389. — Eva Fernán
CONTRABANDISTA DE
AMOR

COLECCION "ROSAURA"

333. — Matilde Redón
TRAS SU PROPIA VIDA

COLECCION "AMAPOLA"

219. — Laura Tur
SOL ENTRE NUBES

COLECCION "ALONDRA"

172. — Isabel Salueña
EL CORAZON NUNCA
MIENTE

COLECCION "CAMELIA"

113. — Mercedes Muntó
SU VIDA ROTA

COLECCION "ORQUIDEA"

83. — Corín Tellado
DESDEÑO ESE AMOR

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¿Desea usted sorprender a sus amigos y destacar en fiestas y reuniones? Nada más fácil, si lee y aprende los innumerables y sensacionales



JUEGOS DE MANOS

que le ofrece la moderna y prestigiosa

COLECCION POPULAR

JUEGOS DE MANOS

En las páginas de este interesantísimo volumen, hallará usted los más ingeniosos chistes y cuentos, pasatiempos diversos, juego con naipes, con cuerdas, cintas, monedas y pañuelos, sombras chinescas, física recreativa, diversiones aritméticas. Algo sobre los sueños, grafología amena, un poco de astrología, enigmas, curiosidades culturales, etc.

JUEGOS DE MANOS

¡No deje de adquirir este libro, que le permitirá brillar y destacar en sociedad!

Precio de venta: 5 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

En el espacio interestelar, sin más testigos que mudas estrellas y desconocidos planetas, debía desarrollarse la



LUCHA DE TITANES

¿Lograría VENDAVAL salir victorioso de la pugna que se avecinaba?

Lea esta misma semana

LUCHA DE TITANES

Un nuevo episodio, tan emocionante como los anteriores, de

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

serie que le ofrece la insuperable

COLECCION DAN

Cada cuaderno sólo cuesta 1'25 ptas.

Precio de venta: 5'50 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

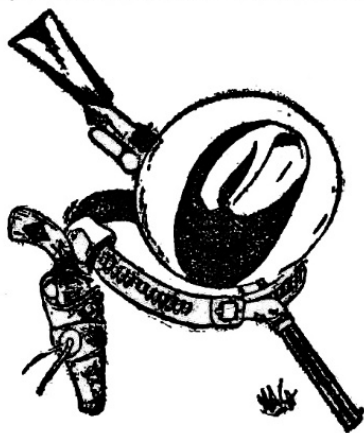
Proyecto, 2

BARCELONA

COLECCION SALVAJE TEXAS

*¡Nuevas aventuras en el
Oeste americano!*

¡Los más extraordinarios
escenarios y las situaciones
más apasionantes!



Todo ello y mucho más, reunido en

COLECCION SALVAJE TEXAS

Nueva serie que muy pronto se pondrá a la venta,
avalada por la firma de los mejores autores del
género

COLECCION SALVAJE TEXAS

le ofrecerá en su primer volumen, un relato del fa-
moso autor

M. L. Estefania

¡Encargue con tiempo su ejemplar!

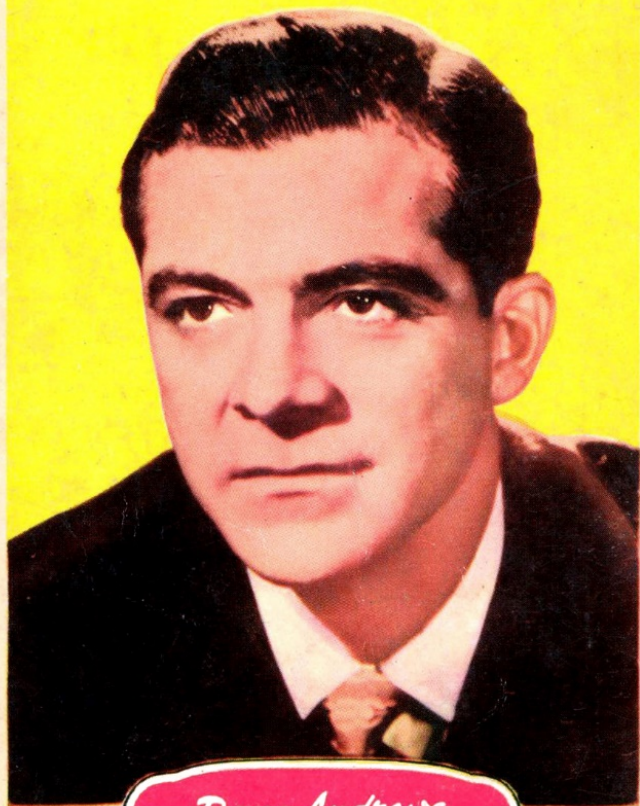
Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Dana Andrews

N.º 252

Nació en Mississippi, en 1912. Debutó en el teatro para pasar luego al cine, donde ha conseguido grandes éxitos a través de "Laura", "El justiciero", "La senda de los elefantes" y "Duelo en la jungla".

Foto PARAMOUNT PICTURES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50